

Francisco Ferrer Guardia

PRINCIPIOS DE MORAL CIENTÍFICA

Y OTROS TEXTOS

*Selección y prólogo
de Anna Ribera Carbó*

Clásicos de la resistencia civil

La colección *Clásicos de la resistencia civil* expone el pensamiento de grandes personajes del mundo en pro de la no-violencia, la autogestión social y el respeto de los derechos humanos y ciudadanos, prologados por especialistas reconocidos en cada autor.

EJEMPLAR GRATUITO

CLÁSICOS DE LA RESISTENCIA CIVIL

**Principios de moral científica
y otros textos**

**Universidad Autónoma del
Estado de Morelos**

Dr. Alejandro Vera Jiménez
Rector

Dra. Patricia Castillo España
Secretaria General

Javier Sicilia
Secretario de Comunicación Universitaria

Francisco Rebolledo
Director de Comunicación Intercultural

FRANCISCO FERRER GUARDIA

Principios de moral científica y otros textos

*Prólogo y selección de
Anna Ribera Carbó*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS

Ferrer Guardia, Francisco, 1859-1909

Principios de moral científica y otros textos / Francisco Ferrer Guardia ; prólogo y selección de Anna Ribera Carbó. - - México: Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2015.

90 p. - - (Colección Clásicos de la resistencia civil ; 12)

ISBN 978-607-8332-45-8 (Colección)

ISBN 978-607-8434-24-4 (v.12)

1. Ferrer Guardia, Francisco, 1859-1909 2. España - Política y gobierno 3. Anarquistas - España 4. Educadores - España

LCC

DP236.F4

DC 946.074092

PRINCIPIOS DE MORAL CIENTÍFICA Y OTROS TEXTOS Francisco Ferrer Guardia

De la colección

Clásicos de la resistencia civil

D.R. © 2015, Prólogo de Anna Ribera Carbó

D.R. © 2015, Universidad Autónoma del Estado de Morelos
Av. Universidad 1001, Col. Chamilpa
Cuernavaca, Morelos, 62210, México

Colección dirigida por Francisco Rebollo
Dirección de Comunicación Intercultural
Secretaría de Comunicación Universitaria

Cuidado editorial: Roberto Abad
Diseño: Araceli Vázquez Mancilla

ISBN: 978-607-8332-45-8 Colección *Clásicos de la resistencia civil*
ISBN: 978-607-8434-24-4

Reservados los derechos de impresión/Impreso en México

Contenido

Prólogo	11
Artículos aparecidos en el periódico <i>La Huelga General</i>	21
Principios de moral científica	55
<i>Envidia</i> . Cuento ateo	68

Prólogo

Prólogo

FRANCISCO FERRER GUARDIA llegó a Barcelona en 1901 tras pasar 15 años en el extranjero. A lo largo de su estancia en Francia, a partir de 1886, este catalán nacido en Alella transitó por diversas militancias, desde un primer republicanismo que lo acercó a la masonería, al librepensamiento y al anarquismo. Esta trayectoria política, o tal vez sea más preciso decir esta convivencia de militancias diversas, lo ayudó a construir un universo de relaciones, no solamente francesas y españolas, sino europeas. Esta red puede conocerse por los nombres que contiene la agenda de direcciones que llevaba consigo a su llegada a la capital catalana y de la cual se conserva una copia en el Ateneo Enciclopèdico Popular de Barcelona. Nombres tan conspicuos como los de los anarquistas franceses Jean Grave, Charles Malato, Sébastien Faure, Louise Michel y Paraf-Javal, el del veterano anarquista Anselmo Lorenzo y el del científico librepensador Odón de Buen; los del expresidente de la República y dirigente del republicanismo federal Francisco Pi i Margall y su hijo Francisco Pi i Arsuaga; el del dirigente del Partido Radical Alejandro Lerroux, así como los de José Nakens, director del periódico anticlerical *El Motín*; Teresa Mañé y Juan Montseny, conocidos militantes anarquistas y editores de *La Revista Blanca* de Madrid. Sus contactos del resto de Europa eran básicamente de la plana mayor del anarquismo internacional: Piotr Kropotkin, Errico Malatesta, Elisée Reclus y Luigi Fabbri¹.

¹ Ferrer Guardia, Francisco, Agenda personal (copia), *Ateneu Enciclopèdic Popular*, BE-6 (23), y Juan Avilés Farré, *Francisco Ferrer y Guardia. Pedagogo, anarquista y mártir*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 85-87.

Ferrer, entonces de cuarenta y dos años, inauguró el 8 de septiembre de 1901, una escuela a la que llamó Escuela Moderna, en la calle de Bailén de la ciudad condal. Esta academia puso en práctica las ideas que Ferrer sistematizaría en el libro del mismo nombre, *La Escuela Moderna*, que resumía la propuesta del Comité por la Enseñanza Libertaria creado en París en 1898 por Kropotkin, Reclus, Tolstói, Malato y Grave. De acuerdo con el programa de dicho comité, la educación debería ser integral, racional, mixta y libertaria. La escuela ferreriana retomaba también la experiencia de Paul Robin al frente del orfanato de Cempuis, cerca de París, donde implementó unos principios pedagógicos similares a los que plantearía unos años después el Comité por la Enseñanza Libertaria. Basada en estas ideas, la Escuela Moderna de Ferrer funcionó a partir de seis principios: la coeducación de ambos sexos, la coeducación de clases sociales, el racionalismo, el antiautoritarismo, la educación integral y el principio “ni premio ni castigo”. Estos principios pedagógicos, según Ferrer, contribuirían a crear una sociedad integrada por individuos libres de cualquier forma de dominación económica o ideológica, solidarios y comprometidos con el mejoramiento de las condiciones sociales de los hombres.

La educación racionalista se distanció de un laicismo entendido como posición neutral. El racionalismo no se limitaría a enseñar a partir de ideas ajenas a los dogmas de fe, sino que se encargaría de demostrar lo absurdo de dichos dogmas. Se trataría de una estrategia pedagógica militante en el terreno de las bases científicas de cualquier forma de conocimiento. Por otra parte, el antiautoritarismo no sólo alentó la posibilidad de cuestionar al profesor en el aula, sino que en consonancia con su adhesión al pensamiento anarquista, también promovió el cuestionamiento a cualquier forma de autoridad.

Trabajando así en la educación de los hombres –sostenía Ferrer– es como infaliblemente puede esperarse una humanidad mejor, empeñada en su tarea; conservando todo el vigor de su voluntad, toda su salud moral; marchando hacia nuevos ideales; una humanidad no mezquinamente dedicada a una lucha estúpida, no sórdidamente sujeta a la hartura de sus apetitos, miserablemente entregada a sus vicios

y a sus mentiras; triste, rencorosa, depravada, sino siempre amante, bella y alegre².

Por ello la Escuela Moderna no podía ser, y no fue, un proyecto estrictamente pedagógico. Fue un campo abierto a la difusión de las ideas libertarias que, con sus propuestas racionalistas, metió baza en la muy inflamada confrontación entre clericales y anticlericales en la Península Ibérica de los inicios del siglo XX. La tensión generada por la campaña anticlerical de los liberales al inicio de la centuria hacía que cualquier escuela experimental laica generara un movimiento de oposición, especialmente si se proponía educar a los hijos de los obreros, como era el caso de la de Ferrer. Por si fuera poco, Ferrer llegaba de París tras tres lustros de vivir ahí, y en el contexto de la Tercera República de Francia la educación racionalista adquiriría otra dimensión: formaba parte del complejo de derechos civiles y movimientos de reforma de la enseñanza que había conseguido en Francia la legislación anticlerical, así como el establecimiento de un Estado laico, que con el tiempo condujo a la separación de la Iglesia y el Estado en 1905. Dice Joan Connelly Ullman que “en España, una campaña así adquiriría implicaciones revolucionarias”³. Por si esto fuera poco, el programa de educación de adultos y la filosofía de la educación racional de Ferrer se vinculaban al movimiento promovido en la *Università* de Luigi Fabbri, en Italia, a la escuela *La Ruche* de Sébastien Faure y a las *Universités Populaires* en Francia. Estos lazos reforzaron la oposición a Ferrer dentro de España, y a la acusación de que era un masón anticatólico se sumó la más grave, de que fomentaba la sedición en sus escuelas⁴.

A la disputa que por la dinámica y próspera ciudad de Barcelona, y por Cataluña en general, libraban republicanos, socialistas, nacionalistas, radicales, sindicalistas y anarquistas frente al bloque monárquico y conservador, y todos ellos entre sí, aunado al histórico conflicto entre clericales y anticlericales, se suma-

² Ferrer Guardia, Francisco, *La Escuela Moderna*, Ediciones Júcar, Madrid, 1976, (Crónica General de España), p. 173.

³ Connelly Ullman, Joan, *La Semana Trágica*, Barcelona, Ediciones B, 2009, p. 182 y Jean Baubérot, *Historia de la laicidad francesa*, Zinacantepec, Estado de México, El Colegio Mexiquense, 2005, pp. 68-70.

⁴ Connelly Ullman, *Ibidem.*, p. 186.

ba la actividad terrorista que mantuvo en vilo a la ciudad entre 1883 y 1908. En ese periodo explotaron 82 bombas, las cuales mataron a 47 personas e hirieron a 231. Barcelona se iba ganando rápidamente el nombre de la *rosa de fuego*⁵. En este escenario, la Escuela Moderna de la calle de Bailén, que empezó sus actividades con 30 alumnos, 12 niñas y 18 niños, publicó el *Boletín de la Escuela Moderna*, editó sus propios libros de texto y organizó conferencias dominicales abiertas al público; vino a ponerse en el ojo del huracán⁶. Cabe decir que la escuela de Ferrer pronto tuvo un número importante de escuelas afines en la península, sobre todo en Cataluña. En octubre de 1905 había 48 que utilizaban sus libros y en 1907 había entre 60 y 70 que habían adoptado los libros, de texto de la Escuela Moderna⁷.

La animadversión de los sectores conservadores hacia Ferrer se avivó aún más por su relación con el ascendente movimiento anarcosindicalista en Cataluña. No sólo financió el periódico *La Huelga General*, que empezó a publicarse en noviembre de 1901, dirigido por Ignacio Clariá, sino que publicó entre 1901 y 1903 una serie de editoriales bajo el seudónimo “Cero”, ensalzando la huelga general como instrumento revolucionario por excelencia⁸.

Pero lo que convirtió definitivamente a Francisco Ferrer Guardia en la *bestia negra* de los garantes del orden en España fue el atentado frustrado contra el rey Alfonso XIII el día en que se casaba en Madrid con Victoria Eugenia de Battenberg, el 31 de mayo de 1906. El autor material del atentado, Mateo Morral,

⁵ *Ibidem.*, p. 100. Ver Joaquín Romero Maura, *La rosa de fuego: el obrerismo barcelonés de 1899 a 1909*, Barcelona, Grijalbo, 1975, y *La Barcelona de la dinamita, el plomo y el petróleo 1884-1909 (apuntes para un recuento final de cadáveres)*, Grupo de afinidad Quico Rivas, s/f.

⁶ No abundaremos en el funcionamiento de la Escuela Moderna y en la red de escuelas modernas que se fue organizando siguiendo su ejemplo, aunque de manera autónoma en Cataluña y en otros puntos de la geografía española. Algunos textos ya clásicos sobre el tema son: Buenaventura Delgado, *La Escuela Moderna de Ferrer i Guardia*, Barcelona, Ediciones CEAC, 1979; Albert Mayol (editor), *Boletín de la Escuela Moderna*, Barcelona, Tusquets Editor, (Serie *Los Libertarios*, núm 10), 1978; Jordi Monés, Pere Solà y Luis Miguel Lázaro, *Ferrer Guardia y la pedagogía libertaria. Elementos para un debate*, Barcelona, Icaria Editorial, 1977; Pere Solà, *Las escuelas racionalistas en Cataluña. (1909-1939)*, Barcelona, Tusquets Editor, 1976, y *Francesc Ferrer i Guàrdia i l'Escola Moderna*, Barcelona, Curial, 1978.

⁷ Delgado, Buenaventura, *op. cit.*, p. 153, y Pere Solà, *Francesc Ferrer i Guàrdia i l'Escola Moderna*, pp. 203-214.

⁸ Connelly Ullman, *op. cit.*, pp. 258-263 y Avilés Farré, *op. cit.*, p. 129.

quien se suicidó antes de ser aprehendido, era bibliotecario de la Escuela Moderna y encargado de las publicaciones de la misma. Rápidamente se quiso ver en Ferrer al autor intelectual⁹. Fue detenido el 4 de junio y absuelto por falta de pruebas un año después, el 12 de junio de 1907. Durante los meses de su encarcelamiento en la Cárcel Modelo en Madrid, Ferrer devino en una figura internacional, en el “nuevo mártir del librepensamiento y de la libertad humana” de la España inquisitorial, según el abogado positivista italiano Cesare Lombroso¹⁰.

Una extraordinaria campaña por su liberación se orquestó entre anarquistas, socialistas, republicanos anticlericales, liberales y masones de todas las geografías y por medio de sus publicaciones. Para cuando Ferrer fue absuelto y salió de la cárcel, su Escuela Moderna y el resto de las escuelas racionalistas de España habían sido clausuradas. En lugar de intentar reabrir su escuela, Ferrer se dedicó entonces a promover la educación racionalista en Europa. Por una parte, organizó la Liga Internacional para la Educación Racional de la Infancia, y Anatole France fue el presidente honorario de un consejo de directores integrado por los educadores más progresistas de Europa. Por otra, el 15 de abril de 1908 fundó una revista titulada *L'École Renouée*, que se publicó primero en Bruselas y, a partir de enero de 1909, en París. La revista sirvió como medio de comunicación entre los educadores europeos¹¹. Antes, en julio de 1907 había reiniciado la publicación del *Boletín de la Escuela Moderna*.

Si la creación de la Liga le permitió a Ferrer ampliar la red de sus contactos internacionales, en Barcelona no tuvo mayor impacto y sus integrantes fueron todos ellos miembros de su grupo cercano¹². De hecho, Ferrer estuvo fuera de España prácticamente desde su liberación, época en la que el ambiente político catalán se fue caldeando en gran medida como consecuencia de la guerra colonial de Marruecos. Las tensiones sociales y políticas acumuladas en la región industrial del entorno barcelonés desembocaron en una llamada a huelga general entre los sindicatos obreros, que

⁹ De hecho, ya se había asociado a Ferrer en los atentados fallidos en contra del presidente del Consejo de Ministros, Antonio Maura, en 1904 en Madrid, y contra el rey Alfonso XIII en París, en 1905.

¹⁰ Connelly Ullman, *op. cit.*, p. 191.

¹¹ Connelly Ullman, *op. cit.*, p. 195.

¹² Avilés Farré, *op. cit.*, p. 205.

protestaban por el envío a Marruecos de fuerzas reclutadas mediante un sistema de leva entre las clases trabajadoras de Cataluña.

La huelga general estalló en Barcelona y ciudades cercanas el 26 de julio de 1909 contra el “impuesto de sangre”. La huelga se convirtió muy pronto en una revuelta anticlerical que incendió numerosos conventos e iglesias de la capital catalana¹³. Las fuerzas del Estado tardaron en reaccionar. El gobernador civil de la ciudad, Ángel Ossorio y Gallardo, quien dijo que “en Barcelona una revolución no tiene que prepararse por la sencilla razón de que está siempre preparada”, presentó su dimisión tras declararse la ley marcial. Pero a lo largo de esa semana, que se conoce como la Semana Trágica, se evidenció una cuestión que resulta muy dramática: a pesar de existir un Comité de Huelga integrado por miembros de diversas fuerzas políticas catalanas, sus dirigentes, temerosos de una revuelta popular que les parecía incontrolable, no se atrevieron a ponerse al frente de un movimiento social que podía haber culminado, por ejemplo, en la instauración de la república en España y cuyo advenimiento se aplazó por veintidós años¹⁴. Ni los socialistas, timoratos y componedores; ni los radicales de Alejandro Lerroux que azuzaron a la población contra los edificios religiosos, pero nunca contra bancos, fábricas o grandes propiedades privadas; ni los nacionalistas catalanes cercanos a la burguesía local, ni los anarquistas que se encontraban en proceso de organización, asumieron un liderazgo que pudiera dar a la insurrección popular una intención política. La huelga general acabó en un gigantesco motín de siete días¹⁵.

¹³ El balance final de la quema y destrucción de establecimientos religiosos de esa semana en Barcelona se eleva a un total de 80, de los cuales 33 eran escuelas, 14 iglesias parroquiales y 11 instituciones de beneficencia (orfanatos, asilos y correccionales). Antoni Dalmau, *Set dies de fúria. Barcelona i la Setmana Trágica (julio de 1909)*, Barcelona, Columna Edicions, 2009, p. 59.

¹⁴ El Comité Central de Huelga quedó compuesto por Antonio Fabra Rivas, como representante de los socialistas; José Rodríguez Romero, por los anarquistas y Miguel Villalobos Moreno por los sindicalistas, *Ibidem*, p. 374.

¹⁵ Una obra clásica sobre el tema es la de Joan Connelly Ullman ya citada en estas páginas. Otras obras sobre estos acontecimientos, algunas de ellas publicadas con motivo de su primer centenario, son: Josep Benet, *Maragall i la Setmana Trágica*, Barcelona, Edicions 62, 1965; Antoni Dalmau, *Set dies de fúria, Barcelona i la Setmana Trágica (julio de 1909)*, Barcelona, Columna Edicions, 2009; Dolores Marín, *La Semana Trágica. Barcelona en llamas, la revuelta popular y la Escuela Moderna*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2009; Antonio Moliner Prada (editor), *La Semana Trágica de Cataluña*, Barcelona, Nabla ediciones, 2009.

Una vez aplacada la huelga, el motín, o lo que al final fuera la Semana Trágica, se empezó a buscar culpables. Entre ellos a Ferrer Guardia. No nos detendremos en la polémica acerca de la responsabilidad del maestro. La mayor parte de los autores coincide en que, si bien Ferrer era un actor sumamente visible y ocupado en actividades que podemos definir como contestatarias y anticlericales, no tuvo una participación directa ni en la convocatoria a la huelga general ni en el posterior motín anticlerical¹⁶. Ferrer Guardia fue detenido la noche del 31 de agosto por miembros del somatén de Alella, su pueblo natal. El Consejo de Guerra lo condenó a muerte, lo mismo que a otros cuatro individuos que habían participado en la rebelión y que fueron fusilados antes de que se celebrara el juicio de Ferrer. A falta de pruebas sólidas en su contra, la sentencia de muerte del maestro se sostuvo en su militancia previa y no en datos concretos de la Semana Trágica. La argumentación decía, por ejemplo:

Sostenía (...) Ferrer íntima y fraternal relación con los anarquistas Malato, Kropotkin y Fabbri, algunas de cuyas obras se publicaban en Barcelona, traducidas por Lorenzo. Mantenía, igualmente, relaciones con Tainda, Malatesta, Reclus y otros anarquistas europeos. Y ocupaba, por si todo lo anterior no fuese suficiente, un lugar preeminente en la masonería del mundo (...) De ahí que, de cuanto se deja expuesto, resulta: que el acusado Ferrer i Guardia ha dedicado las actividades y energías de toda su vida al triunfo de la revolución, que, a pesar del ardor y la constancia con que ha trabajado por su causa, ha deseado permanecer siempre en la sombra, ocultándose bajo el seudónimo Cero; y que, de todo ello, se deduce que ha sido el verdadero jefe de los anarquistas y revolucionarios de España¹⁷.

A partir de su fusilamiento el 13 de octubre de 1909, Ferrer Guardia se convirtió en un auténtico mártir del movimiento li-

¹⁶ Este análisis fue hecho en el muy temprano trabajo de investigación de William Archer, *Vida, proceso y muerte de Francisco Ferrer Guardia*, Barcelona, Tusquets Editores (Tiempo de Memoria 84), 2010, publicado originalmente en 1911, así como en obras posteriores como las ya citadas de Connelly Ullman y Avilés Farre.

¹⁷ Citado en Francisco Bergasa, *¿Quién mató a Ferrer i Guardia?*, Madrid, Aguilar, 1009, pp. 490-491.

bertario internacional. En lo sucesivo, la fecha ocupó un lugar preponderante en el calendario militante y los periódicos anarquistas de todas las geografías se ocuparon ampliamente del maestro, de su obra y de su martirio¹⁸. Como ejemplo transcribo unas líneas publicadas por la sección cubana de la Liga Internacional Racionalista: “Las ideas germinan con el martirio de sus defensores... El Racionalismo ya tiene un mártir...”¹⁹

Francisco Ferrer Guardia se había convertido en un referente de las luchas revolucionarias desde su primera prisión en 1906. La red de relaciones que construyó a lo largo de su vida y, sobre todo, a partir de su liberación, en junio de 1907, fue fundamental para la organización de las manifestaciones en su favor o por su muerte, en tantos lugares. La prensa, tanto la oficial, conservadora y clerical, como la radical de todo signo, contribuyó a convertirlo en mártir de “la Idea”²⁰. Las referencias constantes a su persona, a su proyecto escolar, a su vinculación con grupos revolucionarios de dentro y fuera de España, y su muerte frente al pelotón de fusilamiento, interpretadas desde diferentes perspectivas, lo convirtieron en un caso periodístico internacional y permitieron su transformación en un símbolo de la revolución social.

La imagen más difundida de Ferrer fue la del maestro que había muerto sacrificado en su empeño de redimir a los hombres por medio de la escuela. Es sin duda por ello que su principal escrito pedagógico, *La Escuela Moderna*, publicado originalmente en 1908, fue y sigue siendo reeditado y reproducido ampliamente, lo mismo que los textos elaborados para el *Boletín de la Escuela Moderna*. Menos difusión han tenido sus textos más políticos, aquéllos que muestran a Ferrer comprometido con la organización de los trabajadores, los que corroboran la carga política de la Escuela Moderna y los que reflejan su más cruda postura anticlerical. Son los textos que reproducimos aquí.

Entre 1901 y 1903, Ferrer Guardia financió un periódico que llevó por nombre *La Huelga General*, seguramente retomando

¹⁸ Véase Anna Ribera y Alejandro de la Torre, “Memoria libertaria. Usos del calendario militante del anarquismo hispanoamericano”, *Historias* 75, enero-abril de 1910, pp. 105-122.

¹⁹ Liga Internacional Racionalista. Sección Cuba, “¡Tierra, Habana”, sábado, 16 de octubre de 1909, año VIII, núm. 318, p. 1.

²⁰ Los anarquistas se referían a su propuesta ideológica como “la Idea” o “el Ideal”.

el del parisino *La Grève Générale*, que se había publicado regularmente entre 1893 y 1900. Este periódico, dirigido por Ignacio Clariá, promotor del sindicalismo revolucionario, contó con colaboradores que abarcaban el amplio espectro del anarquismo europeo. Incluía los nombres de Bonafulla, Claramunt, Nieuwenhuis, Grave, Kropotkin, Lorenzo, Malatesta, Malato, Paraf-Javal, Salvochea, Tarrida del Mármol y Urales, es decir, de la plana mayor del pensamiento libertario. En su primer número, *La Huelga General* abría con un mensaje a la prensa obrera: “Salud, compañeros. Aquí nos tenéis: uno más a la lista, a la pelea, al triunfo. Contad con nosotros para la gran obra de la Revolución social”²¹.

En el periódico, que incorporaba los contenidos clásicos de la prensa doctrinaria, Ferrer escribió artículos bajo el seudónimo “Cero”, su nombre simbólico en la masonería. En ellos retomó aspectos nodales para el pensamiento libertario: la necesidad de que los trabajadores se organicen sindicalmente para promover la revolución, la imposibilidad de transformar a la sociedad por la vía parlamentaria, el antimilitarismo, la crítica al Estado y al clero y la huelga general considerada como la acción definitiva para iniciar la destrucción del viejo orden económico basado en los privilegios de unos cuantos y la miseria de la mayoría. Los artículos que se recogen en este volumen, no solamente muestran a un Ferrer involucrado con la educación de la infancia para la sociedad futura, sino también a un activista del sindicalismo y de la revolución, su faceta menos conocida.

Con el fin de extender la difusión de estos temas, Ferrer publicó una “Biblioteca de *La Huelga General*”, que llegó a contar con 14 volúmenes, en su mayoría folletos, destinados a divulgar las tácticas y los postulados del sindicalismo francés y que insistían en la necesidad de mantener las luchas obreras al margen de la actividad política parlamentaria, viendo en la huelga general al instrumento fundamental en su lucha²².

En su prólogo a la primera recopilación que se hizo de los artículos de Ferrer en *La Huelga General*, publicada en 1910,

²¹ “A la prensa obrera”, *La Huelga General*, año I, núm. 1, 15 de noviembre de 1901.

²² Albert Mayol, “Introducción”, *Boletín de la Escuela Moderna* (edición de Albert Mayol), Barcelona, Tusquets, 1978, p. 9.

solamente un año después de la ejecución del maestro, el viejo luchador Anselmo Lorenzo escribió:

Lean los trabajadores esa prosa despojada de todo artificio y repleta de pensamientos, inspírense en ella para desarrollar el pensamiento, valorando la propia personalidad, y así honrarán de manera positiva la memoria del racionalista que murió fusilado en aquel castillo donde pocos años antes se lanzó la idea de que habían de cerrarse los ojos a la razón²³.

Tal y como lo definía Lorenzo, Ferrer había sido ante todo un racionalista. De ahí su empeño en cambiar a la sociedad por medio de la educación, de la mano con la organización de sindicatos revolucionarios. La Escuela Moderna fue su gran proyecto y, como hemos dicho, no fue una escuela neutral ni en la cuestión religiosa ni en la política. Fue una escuela vinculada al ascendente movimiento anarcosindicalista que tenía a Barcelona como epicentro. Prueba de que Ferrer asociaba su proyecto escolar con la transformación revolucionaria de corte libertario es el texto *Principios de moral científica*, escrito durante los meses que pasó en la Cárcel Modelo de Madrid, tras el atentado de Mateo Morral en 1906, muestra de manera clara que el maestro intentaba orientar a sus alumnos hacia las ideas de la emancipación plena del individuo. Emancipación que no sólo pasaba por la liberación individual, sino también necesariamente por la emancipación colectiva de hombres y mujeres respecto de cualquier forma de dominación.

El texto en cuestión, resguardado por la Universidad de California en San Diego, estaba destinado a los profesores racionalistas. Ferrer los conminaba a leerlo a sus estudiantes a fin de

ayudar a los niños a la comprensión de lo que puede ser una sociedad moral, haciendo resaltar que solamente será posi-

²³ Anselmo Lorenzo, "Consideración previa a Ferrer y *La Huelga General*", recopilación de los artículos de F. Ferrer (Cero) publicados en *La Huelga General de Barcelona*, Barcelona, Biblioteca Liberación, 1910. Lorenzo hace referencia a la prisión y tortura que sufrieron en el castillo de Montjuïc centenares de presos vinculados al anarquismo o a la militancia obrera como consecuencia de la bomba del día de Corpus en la calle de los Cambios Nuevos en Barcelona en 1896. Al respecto véase José Luis Gutiérrez Molina, *El Estado frente a la Anarquía. Los grandes procesos contra el anarquismo español (1883-1982)*, Madrid, Editorial Síntesis, 2008.

ble entre hombres de sentimientos bondadosos, y convencidos de que la felicidad ajena es impensable para la dicha propia, y que una sociedad se formará por sí sola; ni la formarán los gobiernos, ni los sabios, ni la gente privilegiada, sino ellos mismos cuando sean hombres morales y unan voluntad y esfuerzo para establecerla.

La propuesta se inscribe, evidentemente, en la vocación voluntarista del anarquismo. La transformación revolucionaria de la sociedad no dependerá de un partido o de unas vanguardias puestas al frente de las masas, sino de la suma de voluntades individuales en torno al propósito común de la libertad y la justicia. La resistencia frente a la opresión era para Ferrer, indiscutiblemente, un asunto de convicción personal. *Principios de moral científica* contiene razonamientos que procuran demostrar la inmoralidad de cualquier forma de dominación, sea esta ejercida desde el Estado, desde el ejército, desde el púlpito, desde los juzgados o a partir de la propiedad. A ellas, Ferrer contraponen la moral científica, la que permitirá a los hombres hacer un análisis racional de las injusticias y las imposiciones y construir una sociedad nueva.

El pensamiento ácrata de principios de siglo confiaba en la bondad de los hombres. Las argumentaciones, los razonamientos y las conclusiones de Ferrer en sus *Principios de moral científica* contienen una conmovedora convicción de que otro mundo es posible educando a los niños con base en sus principios: “La enseñanza racionalista puede producir los hombres morales que son necesarios para que transformen, en su día, esta sociedad inmoral por una de amor, libertad, altruismo y felicidad general”. En su libro *La Escuela Moderna*, Ferrer abunda en el poder transformador de la escuela afirmando que:

La Escuela Moderna [...] continúa su marcha ascendente hacia el ideal, porque tiene la evidencia de que su misión es redentora y contribuye a preparar, por medio de la educación racional y científica, una humanidad más buena, más perfecta, más justa que la humanidad presente. Esta se debate entre odios y miserias, aquella será el resultado de la

labor realizada durante siglos para la conquista de la paz universal²⁴.

El texto *Envidia. Cuento ateo* es el texto conocido más antiguo de Francisco Ferrer. El escrito no contiene el más complejo análisis social y económico que encontramos en los artículos publicados para *La Huelga General* o en *Principios de Moral Científica*. Se trata de una curiosa y pequeña narración destinada a sus amigos, escrita en 1885, un año antes de viajar a Francia, cuando Ferrer tenía 26 años. Es un breve cuento en el que se le atribuyen a Dios sentimientos y actitudes humanas, fundamentalmente la envidia, como se anuncia desde el título. Dios, según el relato, siente envidia de su propia creación humana, Adán y Eva, que son bellos, felices y gozosos. Siendo un sentimiento experimentado por Dios, la envidia no puede entonces ser pecado. El tema, por supuesto, resulta sumamente afrentoso en términos del dogma y es la manifestación más temprana que tenemos del anticlericalismo ferreriano. El anticlericalismo fue el elemento común a todas las manifestaciones del pensamiento radical del mundo hispánico y es de suponer que fue el vínculo original de Ferrer con la masonería, el librepensamiento y, finalmente, el anarquismo. A la postura crítica respecto de la Iglesia y la fe religiosa, Ferrer iría añadiendo la crítica al poder político y a la dominación económica que encontramos en sus otros escritos.

Los documentos que reúne esta antología contienen un cuestionamiento del sistema de valores existente, cuestionamiento que, ejercido por Ferrer desde las diferentes trincheras desde las que intentó transformar el orden imperante, lo colocó inevitablemente en la mira de todos los poderes que se sintieron amenazados. Y la amenaza no la representaba la experiencia limitada y minoritaria en términos demográficos y territoriales de su escuela. Provenía de su asociación con una corriente de pensamiento que en esos años construía una red internacional que comunicaba a Barcelona con La Habana, Buenos Aires, Nueva York, Los Ángeles, París y Londres, por mencionar algunas de las ciudades desde las que el anarquismo difundía sus ideas, por medio de periódicos que viajaban de un

²⁴ Ferrer Guardia, Francisco, *op. cit.*, p. 167.

lado a otro del Atlántico, intercambiando información, reproduciendo las ideas de sus principales ideólogos y construyendo una cultura radical compartida por gente ubicada en una amplia geografía. Porque, como sostiene Albert Mayol,

si *La Huelga general* fue una no desdeñable contribución al periodismo libertario, las ediciones de la Escuela Moderna o del propio “Boletín” sirvieron de contrafuerte a la tarea de, en palabras de Ferrer, “emancipar a los humanos de los dogmas y de los convencionalismos que aseguran la prolongación de la inicua sociedad actual”²⁵.

El temor frente a las ideas liberadoras que divulgaba Ferrer desde su escuela y su periódico está detrás de la decisión del gobierno español de ejecutarlo en Montjuïc el 13 de octubre de 1909. Ideas y proyectos como el de la Escuela Moderna que deseaba “ser el portaestandarte de la enseñanza racional como ideal de emancipación humana” y en cuyo nombre se dirigía Ferrer “a todos los amantes de la armonía universal por la paz, por la libertad, por el amor, deseándoles salud, salud, salud”²⁶.

Anna Ribera Carbó

²⁵ Mayol, Albert, *op. cit.*, pp. 11-12.

²⁶ Ferrer Guardia, Francisco, “A los amigos de la verdad, a los amigos de la justicia”, *Boletín de la Escuela Moderna*, núm. 10, junio de 1906, julio de 1907.

Artículos aparecidos
en el periódico
La Huelga General

La propiedad y los anarquistas Locos y razonables*

SABIDO ES QUE LA MAYORÍA DE las personas saben de las cosas lo que a su diario le conviene hacerles saber. Pocos son los que reflexionan sobre lo que leen y los que han podido enterarse del ideal anarquista.

Para el vulgo, los ácratas son asesinos feroces pagados por los jesuitas o por vividores embaucadores; que si por imposible un día llegarán a gobernar no habría nada seguro ni nadie podría poseer el menor objeto para sí, ya que persiguen la destrucción de la propiedad.

Hay que pensar y habrá que repetirlo a menudo que en una sociedad razonable, es decir anarquista, cada cual tendrá su casa, sus muebles, sus prendas de vestir, sus obras de arte, sus instrumentos de trabajo, en fin, cuanto pueda hacer agradable la vida.

Naturalmente que no pasaremos de un régimen de locos como el basado sobre la autoridad y propiedad que venimos gozando, a uno de solidaridad y verdadera fraternidad cual un cambio de decoración en un teatro, sino que exigirá toda la propaganda, toda la instrucción y aun todo el ejemplo que los lógicos habremos de dar a los ilógicos, a los irreflexivos, a los irracionales, a la gente loca que compone la inmensa mayoría de hoy.

Los anarquistas queremos destruir la propiedad tal como existe; porque es producto de la explotación del hombre por el hombre, del privilegio otorgado por los gobiernos o del derecho del más fuerte.

Los ácratas no queremos que haya propietarios de grandes extensiones de terreno al lado de familias que no tienen donde reposar sus cuerpos, ni herederos de fortunas y herederos de miserias.

**La Huelga General*, año 1, núm. 1, 15 de noviembre de 1901.

Los libertarios no queremos que baste un título o un testamento para pasarse su vida sin trabajar.

En la sociedad ideal anarquista la educación e instrucción de la infancia se harán de modo que todos comprendan la necesidad del trabajo sin otras excepciones que las dolencias físicas inexcusables; y como no habrá el mal ejemplo actual de que unos trabajan y otros se pasean, de que éstos comen y aquéllos bostezan, todo el mundo contribuirá a la producción de la riqueza común en la medida de sus fuerzas y todos comerán según apetito. Fácil será á los educadores inculcar a los niños el gusto y la obligación general al trabajo.

Siendo los hombres razonables, al contrario de lo que hoy sucede, hallarán sin grandes quebraderos de cabeza la manera de ser en vida propietarios de lo que les rodee y amen, sin que este derecho a la propiedad pueda perjudicar a nadie ni crear supremacía de especie alguna.

Precisamente la locura de los que no comprenden la anarquía estriba en la imposibilidad que tienen de concebir una sociedad razonable.

Cero

Dios o el Estado: No La Huelga General: Sí*

NO SE ENCONTRARÁ UNA PERSONA de buena fe, por poco ilustrada que sea, que no confiese que la religión, ya católica, ya protestante, mahometana o budhista, haya logrado la paz y el bienestar de los hombres.

Ningún político, de cualquier partido o de no importa qué independencia se dé, podrá asegurar que su sistema de gobierno garantice la libertad absoluta de hablar y escribir o asegure el derecho a la vida.

Tanto los que quieren dar la supremacía al clero como los que esperan todo de un Estado más ó menos laico, todos sostienen que ha de haber pobres y ricos, amos y servidores.

Ni los unos ni los otros buscan la emancipación económica y política del individuo.

Son excusables los primeros liberales, que al darse cuenta del engaño religioso se dedicaron a fundar un Estado libre del contacto de Roma, porque podían creer que todo el mal venía de la Iglesia.

Pero los que ahora practican el sistema parlamentario: monárquicos, republicanos o socialistas, engañan a sus electores, cual los curas abusan de la credulidad de sus feligreses, al hacerles esperar que con el gobierno de su partido o con el programa de su invención llevarán la libertad y la paz al seno de la nación.

No existe ningún elector que pueda citar un gobierno como bueno.

Ni los siglos desde que viven las religiones, ni los reyes que se sirvieron de cortes y asambleas, ni aun el siglo pasado ocupado casi todo por gobiernos parlamentarios, sacaremos como ejem-

**La Huelga General*, año 1, núm. 2, 25 de noviembre de 1901.

plo de la inutilidad de delegar a nadie el cuidado de nuestros intereses. Nos bastarán los años que el partido socialista gubernamental lleva de lucha electoral. ¿Qué beneficio han obtenido los trabajadores yendo a votar?

En cambio, al alcance de cualquiera está que si el tiempo empleado por los socialistas en las luchas electorales lo hubiesen dedicado á la organización de las clases productoras y a la propaganda antimilitar, hace tiempo que una huelga general habría dado al traste con la sociedad burguesa.

A los libertarios toca hacer comprender estas verdades a cuantos inconscientes creen en la panacea del voto como si fuese la hostia que ha de llevarles al paraíso.

La emancipación completa de los trabajadores no vendrá ni de la Iglesia ni del Estado, sino de una huelga general que destruya ambas cosas.

Cero

La Huelga General enriquecerá a los pobres sin empobrecer a los ricos*

LA CREENCIA DE QUE LOS RICOS hacen vivir a los pobres y que sin ellos habría aún más miseria, está tan arraigada que ha de costar mucho trabajo convencer de la falsedad de tal creencia.

Ni los pobres necesitan a los ricos ni éstos a aquéllos.

Bastará una organización razonada del trabajo y de la distribución equitativa de sus productos para que desaparezcan las dos clases en que se divide hoy la sociedad de productores y consumidores; esto es: de pobres y ricos.

Una huelga general bien estudiada y practicada podrá únicamente lograr la edad de oro soñada por los altruistas pasados y presentes.

Beneficiarán de ella todos cuantos hoy han de privarse de algo: mendicantes, trabajadores, empleados, pequeños comerciantes y la mayoría de poseedores de títulos universitarios.

En cambio, los que se llaman ricos continuarán siéndolo, porque se les podrá dejar en el uso de sus lujosas habitaciones, facilitándoles además cuanto es necesario para la vida.

Con la entrada de su superfluo en el patrimonio universal, suelo, subsuelo y máquinas bastará para que la producción satisfaga a todas las exigencias.

Ahora bien.

¿Es posible una huelga general?

Sí.

¿Cómo llegará a producirse?

Cuando un suficiente número de trabajadores y empleados se crean capaces de organizar lógicamente la sociedad.

¿Qué medidas deberán adoptarse desde el primer momento para asegurar su triunfo?

**Ibid.*, año 1, núm. 3, 5 de diciembre de 1901.

Las federaciones de oficios empezarán solamente la producción y el cambio de productos cuando hayan disuelto, derribado y exterminado todos los engranajes que componen el régimen capitalista: Estado, sostenido moralmente por la Iglesia y materialmente por el Ejército; tribunales, sostenidos por la policía.

¿Qué será de los polizontes, de los jueces y togados, militares, curas y empleados públicos?

Siendo los más débiles después, habrán de amoldarse al nuevo estado de cosas y serán los primeros en aceptar el nuevo modo de ser, que les asegurará dignamente la vida sin otra obligación que la de contribuir al sostenimiento del régimen de solidaridad humana.

Los ricos serán más felices que hoy porque continuarán gozando sin ver sufrir a los demás.

Los pobres no tendrán envidia de los ricos porque no carecerán de nada.

Cero

Primero regional; después, veremos*

QUE NO NOS SUCEDA A LOS libertarios por la huelga general, lo que a los republicanos portugueses por la revolución política, que decían y dicen estar preparados para hacerla; pero que aguardan a los republicanos españoles para efectuarla de común acuerdo. ¡Y los años pasan y pasan...!

Lo más probable es que la huelga general, antes de ser internacional sea nacional, y antes de nacional sea regional. Que no les preocupe a los compañeros lo que hagan en las otras regiones o en los otros países.

Prepárense en sus localidades respectivas; organícense los oficios varios de una comarca; tomen los panaderos, harineros, matarifes y cuantos se relacionan con los productos de alimentación y servicios de transporte, las medidas necesarias para dejar asegurado el servicio de distribución al día siguiente de la Revolución, y aprovéchese luego de la primera oportunidad para declarar la huelga general.

Tengamos por seguro que si en un punto importante cualquiera de una nación toma posesión de la clase proletaria del patrimonio universal, haciendo desaparecer cuanto recuerde la sociedad capitalista, poco han de tardar en imitarles los trabajadores de las comarcas vecinas.

Empezada ya la nueva producción, cambio y repartición de productos, se podrá proceder al derribo de calles y barrios malos; construcción de casas higiénicas; incautación de todo el metálico y el papel moneda existente en casas particulares, bancos y oficinas públicas, cuyo dinero dejará de tener circulación en el país comunista, reservándolo la Federación para las indispensables compras en otras regiones u otros pueblos.

**Ibid.*, año 1, núm. 5, 25 de diciembre de 1901.

Que no teman los revolucionarios la intervención extranjera, cuando haya triunfado su obra. Al menor intento de restablecer un gobierno cualquier nación vecina, declárase allí también la huelga general y entonces comenzaría la Federación Comunista Internacional.

Activemos, por lo tanto, la organización comarcal de los trabajadores para la huelga general como preludeo de la Revolución Social.

Cero

¿Habrá sangre? Sí, mucha*

NO ES QUE NOSOTROS DESEEMOS una revolución sangrienta. Hartas pruebas tenemos dadas de amor a la humanidad para que se nos crea sanguinarios.

La publicación que nos honra imprimiendo nuestros sencillos escritos vino al palenque de la prensa, precisamente para hacer estudiar el capital asunto de la huelga general, más que en son de guerra, con ánimo de hallar una solución eficaz al tremendo conflicto social, que hace de la vida de los más una existencia llena de sufrimientos y privaciones.

Daremos a luz artículos y folletos doctrinarios y de táctica, tantos cuantos sean menester para que los obreros y demás desheredados se capaciten de su fuerza y de su poder. No somos impacientes ni hay para qué. Bien sabemos que será larga nuestra jornada, pero no dudamos que obrando metódicamente, al final de ella, hallárase abundante el fruto.

Como los consejos que da Cruz en otro lugar de este número, lo mismo que los de los otros compañeros, no se echarán en saco roto; es indudable, segurísimo, que llegará un día en que el proletariado se vea bastante organizado para dar el quien vive a la burguesía, y entonces acaecerá el fenómeno más grande que historia haya mencionado.

Los acaparadores de la riqueza: propietarios, fabricantes, banqueros, etc., etc., y sus sostenedores: militares, curas, jueces, policías, etc., etc., en vez de ser razonables entrando en componendas y de ser inteligentes tratando de coadyuvar al cambio de régimen explotador por uno de fraternidad y solidaridad, querrán oponer resistencia escudados detrás de los pechos de la

**Ibid.*, año 2, núm. 6, 5 de enero de 1902.

guardia civil y soldados que no hayan sido contaminados por nuestra propaganda, y entonces, naturalmente, las represalias serán terribles.

Cual furias desencadenadas, como si de repente saliesen de sus tumbas los millares de víctimas muertas de hambre o asesinadas por todas las injusticias gubernamentales, ávidas de venganza feroz, cual torrente devastador se echará la masa popular sobre cuantos obstáculos se le opongan a su reivindicación suprema, y entonces sí que la sangre correrá y se desparramará por doquier...

¡Qué lamentos! ¡Qué imprecaciones tardías!

Serena, firme y sin inmutarse seguirá su camino la Revolución triunfante, sin deplorar acaso la sangre vertida, fija la mente en la nueva era de paz y justicia que con el último bautizo de sangre humana se instaurará por primera vez, dando origen a una sociedad realmente digna de ser vivida.

Cero

A parlamentar con governadores: nunca A exigirles la devolución de presos: siempre*

VA PASANDO LOS LÍMITES de lo tolerable lo que ocurre entre obreros y autoridades.

¿Aún no se han convencido los trabajadores que nada han de esperar de gobernante alguno?

Pretender mejora de situación, presentando peticiones a los gobernadores, es creer cándidamente que éstos pueden tener sentimientos paternales respecto de los explotados.

No. No es buen procedimiento solicitar apoyo a los que existen solamente para amparar a los intereses de los capitalistas, a los que son esencialmente enemigos.

Desde el momento que los asalariados se ponen de acuerdo para reclamar algo, ya que todavía no están bastante organizados para tomarlo todo, que se entiendan directamente con sus explotadores y con ellos solos se las hayan; pero no cometan nunca la torpeza de buscar fuerza más que en su propia energía y voluntad.

A los centros oficiales sólo pueden ir con derecho propio fabricantes y patronos de todas clases, y allí, inspirados en la defensa de sus gangas sociales, intenten cuanto puedan y cuanto quieran contra sus víctimas que tienen la osadía de erguirse como hombres dignos, pero nosotros en conciencia no debemos presentarnos en demanda ni en señal de acatamiento de sus hipócritas bondades.

**Ibid.*, año 2, núm. 7, 15 de enero de 1902.

En nuestros centros nos hemos de reunir. Entre nosotros solos tenemos que tratar de lo que nos conviene. De nosotros han de partir las condiciones que quepa exigir.

Y si alguna vez vamos al Gobierno civil, no sea en la actitud humilde del que solicita protección, sino como corresponde á hombres que tienen perfecta noción de lo justo y la virilidad correspondiente.

Sí; contra la fuerza bruta no hay más que otra fuerza mayor y la conciencia del derecho.

No lo olvidemos.

Mientras nuestra solidaridad no alcance la resistencia necesaria, no descansemos en el empeño de procurarla.

No cesemos de fomentar la unión y solidaridad entre todos los trabajadores para las grandes reivindicaciones. Muchos, muchísimos ya lo comprenden así, y éste, solamente éste, es el buen camino.

Cero

La Coacción siempre viene de arriba; por la Huelga General vendrá de abajo*

EN EL RÉGIMEN CAPITALISTA vigente los trabajadores se hallan sometidos á coacción constante.

Los fabricantes empiezan por despedir a los iniciadores de todo movimiento societario con el único objeto de hacer coacción a los que intentasen continuar sus propósitos de asociación.

Si, a pesar de esto, logran los operarios entenderse para reclamar aumento de salario o disminución de horas de trabajo, contestan negativamente los patronos, seguros de que el céntimo no podrá resistir ante el billete de banco: coacción manifiesta.

Cuando el céntimo heroico intenta levantar la cabeza, vienen los mausers, los sables despiadados o la tranca policiaca a cometer la más infame coacción.

Coacción es todavía la que se hace la misma clase obrera con sus *esquirlos*, producto fatal del maldito régimen capitalista.

Coacción es la que hace la prensa burguesa, monárquica o republicana, y también la socialista adormidera con su sistemático afán de adulación á los poderosos, aconsejando templanza ó haciéndolo esperar todo de los poderes públicos.

Coacción, pero coacción disfrazada, es la que ejercen ciertos políticos de oficio que se entrometen so capa de protección para conservar prestigios en peligro o para preparar futuras campañas electorales.

Por fin, coacción es, y la mayor, esa inseguridad del mañana en que la clase poseedora tiene constantemente a los desheredados, amenazándoles con el hambre y la persecución.

Y no se nos venga ahora diciendo que los explotados de siempre cometan coacciones en tiempos de huelga.

**Ibid.*, año 2, núm. 8, 25 de enero de 1902.

Cuatro palos por aquí, una cabeza rota por allá, una caja de utensilios o herramientas desparramadas por acullá, y algunos trastos burgueses echados a perder en alguna que otra parte, ¿qué representa todo eso en comparación de la coacción patronal protegida y apoyada por la autoridad y amparada por la fuerza pública?

Otra cosa sucedería si la fuerza productora tuviese plena conciencia de su poder.

De todos modos, la coacción vengadora vendrá cuando, desvanecidos todos los falsos prestigios, quiera el proletariado dejar de ser instrumento enriquecedor, para convertirse en dueño absoluto de su trabajo.

Cero

Tres mil obreros al entierro de una víctima; ninguno a pedir cuentas al autor de ella*

MAL ACONSEJADOS SON LOS obreros que están actualmente en huelga.

Y no es por no haber previsto desde las columnas de *La Huelga General* que si los huelguistas recurrían sólo al Gobierno Civil, a la alcaldía y al amparo de los hombres políticos, su causa estaba perdida.

Por lo visto habrá que repetir constantemente que la clase productora no ha de esperar nada de los poderes públicos ni de los que aseguran poder arreglar la cuestión económica con leyes que, en suma, son votadas y aplicadas por los privilegiados. Sin contar que los políticos no creen una palabra de cuanto prometen ni están dispuestos a hacer el menor sacrificio en bien de la causa que dicen defender.

Mal, muy mal les va a salir la cuenta si se figuran que con colectas y llamamientos a la caridad han de poder dominar la soberbia y capital burgueses. Hace falta energía.

No es un acto enérgico el declararse en huelga y concretarse a manifestaciones públicas que, como dos gotas de agua, se parecen a las que ejecutan los detentadores de la riqueza social.

Asistir a un entierro civil puede parecer bueno bajo el punto de vista de propaganda librepensadora; aunque bien reflexionado, sin pensar caemos en los mismos defectos de nuestros enemigos: entierros fastuosos, inauguraciones de monumentos, colocaciones de primeras piedras, procesiones, etc., todo ello muy bueno para ofuscar al bobo del pueblo.

Pero nosotros no debemos engañarnos a nosotros mismos. Si somos muchos sabedores ya de lo que podemos exigir, no perdamos tiempo en ceremonias que a nada práctico conducen.

**Ibid.*, año 2, núm. 9, 5 de febrero de 1902.

Ni pedir limosna, ni solicitar apoyo de nadie, ni nombrar comisiones para viajes, ni hacer manifestaciones pacíficas. Si no somos bastante fuertes para tomar lo que nos pertenece, no cesemos de propagar las ideas de emancipación entre nuestros compañeros hasta que por nosotros mismos podamos habérmolas aplicado con los que todavía son nuestros amos.

Estamos tan convencidos de que este régimen de privilegios y monopolios se sostiene gracias a que sus pompas religiosas, patrióticas y gubernamentales deslumbran el entendimiento popular, que el que esto escribe ni el culto a los muertos practica por creerlo una ofensa a los vivos que sufren en cárceles y presidios, carecen de techo donde cobijarse o mueren de hambre por la detestable organización social.

Y como nos gusta pagar con el ejemplo, si no asistimos a ningún entierro ni saludamos el paso de cadáver alguno, es que nuestra familia sabe que a nuestro entierro no ha de venir nadie, ni ella misma. Harto necesitan los vivos el tiempo dedicado a los muertos.

Por esto cuando hace unos días pasó por debajo de la redacción el entierro de aquella niña *muerta de hambre*, hija de un huelguista, al ver tantos obreros detrás de una víctima de la avaricia patronal, tuvimos que esforzarnos para no salir al balcón y gritar a nuestros amigos: “¡No la acompañéis al cementerio! ¡Id a casa de sus verdugos!”.

Cero

Los republicanos no son revolucionarios; sólo la Huelga General hará la Revolución*

DURANTE LOS PRIMEROS AÑOS de la Restauración, cuando D. Manuel conspiraba en París con los Martos, los Montero Ríos y los Canalejas; cuando eran muchos los generales que le ofrecían su espada y hasta Sagastl y Serrano estuvieron a punto de entrar en la conjura, la revolución republicana era la constante preocupación de Cánovas y su amo.

Demasiado honrado el sr. Ruiz Zorrilla para dudar de la buena fe de sus entonces amigos, se confió a ellos, y resultó lo que ha de suceder siempre tratándose de políticos:

Que la mayoría abandonó al caudillo republicano para aceptar una cartera o un puesto elevado, que la monarquía ofrece siempre en signo de paz a los vividores.

Y se quedó el impenitente con los Muro, Llano y Persi, Santos de la Hoz, Ezquerdo, etc., todos furibundos revolucionarios en su decir, pero aún no ha parecido la capa.

De no haber sido por Asensio Vega, Cebrián, Mangado, Villacampa y algunos más, D. Manuel hubiera sido juguete durante 20 años de hombres que no eran más que aspirantes a canonjías, cuando no especuladores de bolsa, como podría servir de modelo un actual concejal de esta ciudad.

Después de los pronunciamientos de Badajoz y de Madrid, todo el empeño de Martínez Campos y Cánovas fue impedir su repetición, a cuyo efecto se disolvió el cuerpo de sargentos, y se espurgó del ejército todo jefe u oficial que hubiese servido con cariño la República o fuese tan sólo tildado de liberal.

* *Ibid.*, año 2, núm. 10, 15 de febrero de 1902.

La monarquía pudo entonces dormir tranquila.

Y ha podido después dormir tranquila, porque el revolucionarismo de los republicanos ha consistido en formar comités, esperar órdenes de la Junta, la que a su vez la aguardaba del jefe, quien, por su parte, continuaba prometiéndoselo todo del ejército. ¿Y el pueblo?

En su mayoría tan cordero como antes: ir a votar, hacer coaliciones, retraerse, volver a votar, buscar jefes, creándose directores y amos siempre.

Únicamente los anarquistas emprendieron el buen camino: despertar el valor individual, instruirse con el estudio de las cuestiones sociales, hacer prosélitos, organizarse y federarse con el propósito de hacer la Revolución Social tan luego haya dado sus frutos la propaganda a favor de la Huelga General.

Si los republicanos se hubiesen unido al pueblo para ir a la verdadera revolución, entonces sí que de nada sirviera a la monarquía la fidelidad de los soldados, pero no lo hicieron y ahora es demasiado tarde para intentarlo.

La propaganda libertana ha penetrado demasiado las masas para que se vayan detrás de políticos de oficio, que no tienen medios de hacer la revolución ni se atreven a prometer otra cosa que cuanto hayan concedido las otras repúblicas.

Por esto los trabajadores conscientes no les hacen caso, sabiendo demasiado lo que está pasando en las repúblicas vecinas o lejanas, convencidos también de que en la mitad del tiempo que los otros han empleado banqueteadando y vaticinando a plazo fijo el día de la nueva victoria, ellos estarán capacitados para la gran batalla.

Pero no será revolución de nombre sino de hecho; no para elegir diputados de constituyentes que voten nuevas leyes, sofisticadas todas, sino para apoderarse de toda la riqueza social y organizar el trabajo de manera que los productos sean propiedad de todos y no de unos en detrimento de otros, como ha de suceder bajo no importa qué gobierno.

Cuando la burguesía vea la Revolución Social encima intentará detenerla ofreciendo la República, las ocho horas, el mínimo de salario y cuantas monsergas se hayan puesto antes sobre el tapete de los políticos; mas, cual lo hizo la Revolución del año

30 en Francia mandando a paseo á Carlos X y sus tardías reformas, enviaremos los anarquistas en horamala a los explotadores con sus mentidas concesiones.

No nos basta ya la República.

Preparemos la Huelga General.

Cero

Preparando la huelga revolucionaria*

LA EXPERIENCIA, NUESTRO mejor maestro, nos ha sobradamente demostrado que si en algunos casos pudieron los trabajadores mejorar algo su condición, sirviéndose de la única arma que en su poder tienen, la huelga, no podrán, sin embargo, recurriendo a ella, pacíficamente, emanciparse del salario, su mayor yugo opresor.

En efecto, por huelgas que hagan, y por reclamaciones que presenten, no dejarán nunca de hallarse ante el siguiente dilema: o los patronos ven la posibilidad de resarcirse por otro lado de la ventaja que se les solicita, y en este caso ceden más o menos pronto, o temen que el acceder les llevará demasiado lejos, y entonces no ceden, encargándose el hambre y las arbitrariedades gubernamentales de someter á los reclamantes.

Si sucede lo primero, nada ha ganado el obrero, aunque de momento le parezca lo contrario, pues el aumento que sufren fatalmente los artículos de primera necesidad hará que tan mísero se halle el asalariado después como antes de la victoria. Cuando acaeció lo segundo, cuando el trabajador tuvo conciencia de su debilidad frente al hambre, de la policía brutal, de la guardia asesina, de los jueces parciales y de las cárceles inhumanas, fue cuando nació la idea de la Huelga General.

Sucede que muchos huelguistas van a la Huelga General como los republicanos a los banquetes del 11 de febrero, creyendo que ha de bastar el mero hecho para anonadar a los enemigos. Hay que ponerse en guardia contra este error.

Pasarían 30 años haciendo huelgas generales como las que se han hecho hasta ahora, y nos hallaríamos tan lejos de la emancipación social como lejos se hallan los republicanos de conquistar la república a fuerza de banquetes repetidos.

* *Ibid.*, año 2, núm. 11, 25 de enero de 1903.

Huelga General significa acción común, instantánea, de todos los trabajadores, no para pedir éstas o aquéllas mejoras a los amos, sino para suprimir a éstos, cambiando el régimen del salario, que ha de ser injusto y explotador siempre, por un régimen de solidaridad y bienestar general. Esto es lo que significa la Huelga General.

Así lo habían comprendido algunos fabricantes de una ciudad vecina de Barcelona, que al estallar la huelga general de febrero, reunieron aterrorizados para ofrecer a sus obreros cuantas mejoras les habían negado hasta aquel día y proponerles mayores garantías para el porvenir, pues ya creían ver sus fábricas presas de las llamas y terminado su reino de explotación.

Mejor sería no hacer Huelga General si ella ha de ser pacífica, y preferible no hacerla revolucionaria si tuviéramos que contentarnos con quemar edificios y con tomar represalias en contra de nuestros verdugos. No, queridos compañeros. Hay que picar más alto.

Que cada obrero consciente estudie en sí mismo lo que podría ser una sociedad sin amos, autoridades ni dinero; que cambie sus impresiones con sus compañeros en las sociedades de resistencia, y que éstas influyan en las federaciones para que se discuta el asunto de Huelga General. Que se llegue a un acuerdo para el modo de producción, de cambio y de repartición de productos para el día siguiente de la huelga general, y lo demás, es decir, los medios para hacer victoriosa la huelga revolucionaria será ya cosa de coser y cantar.

Cero

A las sociedades de resistencia*

DESDE NUESTRA REAPARICIÓN venimos excitando al estudio de la sociedad al día siguiente del triunfo de la huelga revolucionaria. Para la sección correspondiente hemos recibido algo, muy poco; pero pensamiento individual, colectivo, nada. Es pronto, se nos dirá; tal vez las sociedades estudien, formulen dictámenes, discutan y luego publicarán sus trabajos. Puede ser, pero no sabemos de sociedades que tal hagan; no hemos visto convocatoria alguna al efecto, a menos que lo hagan en secreto. En cambio es público que en Barcelona hay sociedades que tienen locales espaciosos y confortables en que se toma café, se juega a la manilla y al dominó y a veces al burro, donde toda la vida intelectual consiste en una conferencia sabatina de los chicos de la Extensión Universitaria en que se dan latas de fragmentos de ciencias, muy recomendables y muy apreciables en sí, pero a veces de dudosa utilidad, porque hay ocasiones en que los obreros salen de ellas como el negro del sermón.

Y la verdad es que el tiempo pasa y urge, la torpeza gubernamental arrece, la irritación burguesa y sus pactos del hambre aumentan, la Huelga General empuja, y de seguir así podrían venir acontecimientos que nos pillasen las fichas en la mano ó embabiecados ante un señorito que nos hablase de los habitantes de la Luna.

Creadas las sociedades de resistencia para la defensa de los trabajadores, no pueden defenderse mejor que estudiando, no ya la Huelga General, que se impone y sobre la cual es preciso tener ya claro criterio, sino sobre sus consecuencias. Primero, cada trabajador se ha de evitar la vergüenza de no saber qué contestar

**Ibid.*, año 2, núm. 14, 5 de marzo de 1903.

al burgués que le pregunte: “¿Qué harían los trabajadores al día siguiente del triunfo de la Huelga General?” Y después es preciso que haya un criterio, determinante de una acción común, para oponerse a la reacción que intentarán los privilegiados, quienes tendrán en su favor su aún no extinguido prestigio, los restos del servilismo proletario, la vacilación de los dudosos, la testarudez de los rutinarios y la fuerza de la costumbre, todo ello aumentado con las deficiencias iniciales, las divisiones sectarias, los intentos de los ambiciosos y la pasión y la inteligencia muertas de los neutros.

Créanlo nuestros compañeros: es indigno de trabajadores serios, sobre quienes pesa la responsabilidad de la evolución progresiva de la humanidad y la reparación de todas las injusticias sociales, entretenerse en el juego vergonzosamente pueril de combinar fichas y naipes, sin otro fin que matar tiempo, que es desperdiciar vida, una especie de suicidio parcial y una renuncia de las facultades y del poder, un embrutecimiento, cuando tanta falta hace vivir para revolucionar el mundo, dando a la inteligencia y a la voluntad aquella elasticidad indefinida por no decir infinita de que es susceptible.

Otro día aguijonearemos más a nuestros compañeros societarios a ver si les clavamos el rejón hasta la fibra sensible en que se hallan la dignidad, la vergüenza y el amor propio.

Cero

A las sociedades de resistencia*

CONTINUANDO MI TEMA del número anterior, digo que aunque dejemos el sábado para las conferencias de Extensión Universitaria, que vienen a ser una especie de misa científica, sería bueno rechazar las fichas y los naipes como entretenimiento burgués, para dedicarse a estudiar qué profesiones, al día siguiente del triunfo de la huelga revolucionaria, han de resultar, por el momento, inútiles, innecesarias, y qué otras han de reforzarse y aun implantarse de nuevo, según las condiciones locales, comarcales y aun de mayor extensión.

Bastará indicar a bulto algunas de las primeras: joyeros, pasamaneros, bordadores, modistas, pasteleros y, en general, todas las industrias que abastecen de cuanto sirve para la soberbia, la vanidad, la lujuria, la glotonería, la frivolidad, etc., de los privilegiados, quienes serán dados de baja definitivamente.

Respecto de las segundas, la cosa varía: aunque a pesar de tanto zángano, en la colmena social presente hay producción sobrada, en el momento crítico que prevemos habrá escasez; lo que se explica por el ansia perturbadora que han de manifestar los exprivilegiados y los neutros al ver interrumpidas sus rutinarias costumbres, de la que da una ligera idea esa multitud que hace provisión de pan para una semana en cuanto corren rumores de que se va a armar la gorda. Así harineros, tahoneros, matarifes, agricultores en general y obreros del transporte de importación como necesidad local egoísta, y de exportación como necesidad extralocal de solidaridad altruista, referente todo a la alimentación como necesidad urgentísima, merece una atención que nunca será bastante recomendada.

* *Ibid.*, año 2, núm. 16, 5 de abril de 1903.

Merecen los albañiles una mención especial, pero no como constructores, sino como demolidores. Hay edificios que suelen ocupar puestos preferentes en las ciudades, villas y aldeas que, no sólo dan mala sombra y son verdaderos estorbos, sino que mientras estén en pie ejercerán sugestión maléfica y serán fuente constante de atavismo, de quietismo, de superstición y además constituirán incesante peligro reaccionario, y son aquéllos en que se albergan los representantes de las dos ficciones en cuyo nombre más daño ha recibido la humanidad entera en general y los desheredados en particular: la religión y la autoridad. Eso por una parte; luego hay barrios en que las calles y casas son tan malas por antihigiénicas, estrechas y sucias, que más que habitaciones humanas son lugares de muerte, donde sólo pueden recogerse infelices que viven muriendo entre toda clase de infecciones, para fomentar la ganancia de los propietarios, quienes, a semejanza de aquéllos emperadores que arrojaban esclavos a los lagos de las murenas para que, comiendo la carne de aquéllos, fuera la de éstas más apetitosa; arrojan proletarios a los microbios para que abunde el oro de aspecto brillante y timbre sonoro en sus arcas.

No apuntaremos ideas detalladas acerca del problema de las habitaciones para todos, ni para el vestido y distribución de todo género de cosas para las necesidades de la vida; precisamente lo que se necesita es que se estudie, que se invente, que se solucione todo; y para ello, claro está, hay que gastar energía cerebral, y eso es lo que pedimos a las sociedades de resistencia, que sustituyan fichas y barajas por el libro (que buenos, claros, detallados, verdaderos y de arte sublime los hay), y la conversación fútil por la discusión luminosa, y de esa manera, a la vez que se recrean dignamente, se elevarán á la altura que les corresponde.

Cero

Principios de moral científica

AL PROFESORADO:

Con el pensamiento fijo en los maestros y maestras de las escuelas racionalistas hemos escrito *Principios de moral científica* con la convicción de que, sin su cooperación, sería poco el fruto de éste mi humilde trabajo.

Ruego encarecidamente a mis compañeros de profesión no olviden que toda lectura debe ser comentada para que el niño saque de ella el mayor provecho posible, y que la de esta obrita habrá de serlo preferentemente.

Tratándose en ella de los asuntos que más interesan, que más ocupan la mentalidad humana y también, por lo tanto, que más divididos tienen a los hombres, es indispensable que los niños puedan hacer toda clase de preguntas, en las partes que les parezcan dudosas.

No solamente espero que se satisfagan las preguntas, sino también que no se esperarán cada vez que una frase o un párrafo les pueda ser incomprensible, yendo a su auxilio con las aclaraciones y detalles que la edad o la comprensión limitada de los alumnos requiera.

También ruego al profesorado que, para hacer más patente la inmovilidad social reinante, hagan acopio de todos los hechos que relata la prensa y se hallan en los libros de Historia u otros para relatarlos a los niños cuando se presente oportunidad.

Cada maestro ha de utilizar las noticias que, casi sin comentario, se dan en los diarios, ora de un hombre fallecido por hambre, ora de otro aplastado por la caída de un andamio, ya de una explosión de grisú en la que perecen centenares o miles de mineros por culpa de la avidez patronal, casi siempre, ya de soldados suicidados por huir de castigos inmerecidos, ya de actos de barbarie cometidos en guerras coloniales o de otro jaez. Son innu-

merables los hechos que pueden servir de ejemplo para que los niños se convenzan bien de la realidad de las injusticias sociales.

No dejarán tampoco mis colegas de ayudar a los niños a la comprensión de lo que puede ser una sociedad moral, haciendo resaltar que solamente será posible entre hombres de sentimientos bondadosos, y convencidos de que la felicidad ajena es indispensable para la dicha propia, y que una sociedad se formará por sí sola; ni la formarán los gobiernos, ni los sabios, ni la gente privilegiada, sino ellos mismos cuando sean hombres morales y unan voluntad y esfuerzo para establecerla.

Los maestros que así obren conocerán la inefable satisfacción que goza todo hombre moral y experimenta, desde que en la enseñanza se ocupa, su entusiasta compañero.

I

La moral individual

LO PRIMERO QUE TODA niña y todo niño ha de hacer es conservar su salud.

Una persona enferma no goza de la vida y causa molestias y sufrimientos a los demás.

Para evitar enfermedades se recomiendan estas dos importantes prácticas:

-Limpieza perfecta.

-Evitar todo abuso.

Se entiende por limpieza perfecta la costumbre de lavarse todo el cuerpo diariamente al levantarse, costumbre tan fácil de adquirir y practicar como luego es agradable y benéfica. Basta que al acostarse se deje en el mismo dormitorio un jarro de agua para que esté por la mañana a igual temperatura que la de la habitación, y se disponga de una palangana, una esponja, un cubo, una pastilla de jabón y una toalla.

Además del baño matutino se lavará uno las manos y procederá al aseo de dientes y uñas, tantas veces al día como se crea conveniente.

El cuerpo limpio debe estar cubierto y abrigado con ropas de la mayor limpieza posible.

Los muebles y enseres de nuestra casa particular tienen que conservarse también con la mayor limpieza deseada. Trataremos, también, que el suelo y las paredes de las habitaciones donde vivamos estén libres de polvo y otras suciedades.

Las casas y los edificios todos han de estar limpios como las ropas de los individuos y los individuos mismos.

El aseo se hará extensivo a los vehículos que utilicemos: coches, tranvías, buques, etc., etc., pues de lo contrario, utilizando carruajes mal aseados, se contraen con frecuencia enfermedades infecciosas. Cada cual particularmente ha de evitar ensuciarlos.

De la misma manera que evitaremos exteriormente al cuerpo contagios nocivos, se los evitaremos interiormente, con mayor pulcritud, si cabe.

Una alimentación sana y bien ordenada es el mayor enemigo de los médicos y de los farmacéuticos.

Los alimentos preferidos, si la preferencia es razonada y están en perfecto estado de conservación, son los más convenientes.

La cocina, sus enseres y el servicio de mesa han de brillar siempre cual diamantes preciosos.

Las comidas se espaciarán lo más regularmente que se pueda y no se levantará uno nunca, de la mesa, ahíto. Hay que comer solamente para satisfacer el apetito, siendo preferible no hacerlo enteramente.

La bebida es la que se presta a más abusos y es causa de graves inconvenientes.

Toda bebida excitante es peligrosa.

Recomendamos muchísimo a los niños que no se acostumbren a tomar licores, alcoholes, cervezas y ninguna de esas especialidades que se ofrecen con el nombre de aperitivos o digestivos.

Ni el vino, siquiera, es necesario, en contra de lo que el vulgo cree, pues a una comida sana lo que más le acomoda es el agua pura y cristalina.

La cosa es fácil, adquiriendo la costumbre desde la infancia. Igual recomendación haremos tocante al tabaco. No conviene fumar.

El uso del tabaco lleva en sí muchos inconvenientes, no siendo el menor de ellos la adulteración del aire que su humo produce en los locales cerrados, causando con ello un malestar a los que tienen que respirar tal atmósfera.

Al aconsejar que no se fume ni se beban licores, alcoholes y hasta se prescinda del vino, lo hacemos porque es conveniente a la salud, y su abuso degenera en vicio.

Pero entendemos que, en una reunión de personas amigas, donde reine la alegría, puede muy bien hacer una excepción a la regla, bebiendo un poco de vino, tomando una copita de licor, hasta fumarse un cigarro, si placer y gusto en ello se tiene.

Tampoco perjudicaría salirse alguna vez, de cuando en cuando, de la regla, si se hace con la moderación que el entendimiento determine.

Hay otros excesos que conviene evitar además de los de comida y bebida.

Son los que se cometen en el trabajo, en el juego, en un ejercicio cualquiera y hasta en el descanso.

Si se trata de un trabajo intelectual, ya estudiando, ya produciendo obras literarias o de otro arte cualquiera, ya profesando o gastando el pensamiento en otros asuntos.

Si ejerce uno trabajos manuales o corporales de toda índole; si en los juegos, recreos y deportes, si en todo lo relatado abusa uno, obligándose a un ejercicio superior al que permita su cerebro o sus músculos, gasta su organismo y enferma.

Llamemos, en este punto, la atención de los maestros sobre la necesidad de no hacer estudiar a los niños más de lo que su inteligencia permita.

De igual modo que es perjudicial a un cuerpo el exceso de trabajo, lo es un exceso de descanso, si se llega a un extremo.

Un movimiento corporal razonable es conveniente a la salud del cuerpo, como al desarrollo de la inteligencia lo es un razonado trabajo intelectual.

La persona que viva en limpieza, se nutra debidamente y no cometa excesos corporales ni intelectuales, conservará su salud y, con ello, fundamentará la primera base de la moralidad.

Obtenido ya lo más importante, será fácil obtener lo demás.

En primer lugar, conviene emplear en el lenguaje las palabras más castizas posible, las que traduzcan fielmente el pensamiento.

Con ello se evitarán malas interpretaciones, y se corregirá el abuso que cometen muchos al emplear palabras de significado diferente al que se proponen.

Al lenguaje correcto habrá que acompañar una conducta correcta.

Será de conducta correcta la persona que sea sincera en todos sus actos, no oculte la verdad y ame la libertad y el bien para todos.

El ideal de todos ha de ser el de poder ser justos en todos los actos de la vida.

No se puede ser justo si no se sabe mucho, si no se sabe todo.

No teniendo todavía, en el cerebro humano, el conocimiento de todo, nos hemos de contentar estudiando el origen de los males que pueblan la tierra.

Como a mal conocido hay, o ha de haber, remedio hallado, conociendo la causa de las desventuras humanas nos será fácil evitarlas, suprimiendo el origen de ellas.

El deber, por consiguiente, de toda persona es tratar de conocer las causas de cuanto aflige a la humanidad, para poder dedicarse a cómo combatirlas con acierto y fruto.

Así consideramos que el primer deber moral del hombre consiste en conservar su salud. Añadimos ahora el segundo deber: es que, por su conducta recta y lo más justa posible, se haga digno de sí mismo.

Resumen del capítulo I

Será hombre moral todo aquel que conserve su salud y tenga una conducta digna de sí mismo.

Para conservar su salud se recomienda la limpieza corporal, el aseo de cuanto nos rodea y evitar abusos en la comida, la bebida y en los trabajos corporales e intelectuales.

Para ser digno de sí mismo se ha de tener una conducta tal que resulte evidente que, de seguirla todos los hombres por igual, la humanidad viviría en paz y en libertad.

II

La moral con relación al prójimo

CON LA PALABRA PRÓJIMO se designa a cada una de las otras personas.

El primer deber moral del niño, con relación a los demás, consiste en darse cuenta de que por sí solo, después de haber nacido, no habría podido vivir.

Debe su existencia a los cuidados que por él han tenido sus padres u otras personas.

Este hecho le hará comprender que existe un lazo de solidaridad entre los hombres, consistente en la ayuda que recibimos de los otros, sin el cual sería imposible la vida.

Observará, también, que no sólo necesitan el apoyo ajeno los niños, sino que también es indispensable a los enfermos, a los inválidos y a los ancianos.

De esta observación deducirá el niño que, cuando sea hombre, deberá contribuir con su trabajo personal al sostenimiento de los ancianos, enfermos y niños.

El niño, ya joven u hombre moral, tal cual lo hemos descrito en el capítulo anterior, tratará de inculcar su moral a cuantos le rodean, a todos aquéllos con quienes pueda tener relaciones.

Como los unos le atenderán y otros no querrán escucharle, ni imitarle, se verá obligado a establecer dos categorías de hombres.

Pondrá, en la primera, a los estudiosos, a los que reconozcan que en la sociedad se cometen abusos y crean que es deber de todos evitarlos y combatirlos hasta suprimirlos.

Formarán la segunda categoría los hombres enemigos de todo cambio, los que no tengan fe en un porvenir de felicidad humana o no sigan un buen camino para alcanzarlo.

El hombre moral será amigo de los primeros, estudiará con ellos, formará parte de los Centros Instructivos donde se reúnan y preconizará su creación donde no existan.

No ofrecerá su amistad a los de la segunda categoría, por conceptuarlos inmorales por su indiferencia ante la miseria, su apoyo al régimen que la permite o su negligencia en desterrarla.

En las relaciones que con éstos tenga, no ocultará sus ideas y su ideal de mejoramiento social, porque con su conducta regular, y buen comportamiento, hará reflexionar a muchos y contribuirá a la moralidad de algunos.

Siendo cosa sabida que no nacemos enseñados y adquirimos ideas y conocimientos de cosas según las que nos rodean, y según las reflexiones que ellas nos sugieren, no haremos responsable a nadie de las ideas adquiridas ni de los pensamientos expresados.

Trataremos, sí, de demostrar el error en que viven los que tildamos de inmorales, presentándoles argumentos convincentes, pero sin enfadarnos con ellos si no logramos convencerlos, porque tanto se arraiga la verdad como el error en los cerebros humanos.

Hemos de considerar siempre de buena fe al adversario que contradiga nuestras teorías, creyendo que defiende las suyas por una convicción errónea.

Sin embargo, cuando nos hallemos enfrente de una persona instruida y de cierta posición social, no creeremos en su buena fe, sino en su interés en conservar un régimen protector de todos los privilegios.

No nos enfadaremos tampoco contra tal persona, porque el enfado sería inútil. Solamente le haremos comprender que la conceptuamos digna de figurar como amiga de los hombres de mala fe.

Es indudable que hay muchas personas de mala fe, y que con ellas no bastan las demostraciones que podamos hacerles de lo perjudiciales que son al bienestar general para que cambien de proceder o de conducta. Hay que renunciar a convencer a los hombres cuando obran de mala fe.

Pero, como no hemos de renunciar a combatir el mal, dedicaremos toda nuestra actividad a propagar las buenas doctrinas entre las personas de buena fe.

Solamente en la unión de muchos, de todos los convencidos y con una buena organización preparada para establecer una sociedad moral, se podrá vencer la fuerza de los inmorales.

Resumen del capítulo II

Todos los hombres son responsables de las injusticias sociales, por el mero hecho de formar parte de esta sociedad inmoral.

Sólo se libra de responsabilidad el hombre de conducta moral que hace cuanto puede para inculcar en los demás el amor al prójimo, y la fraternidad sincera y positiva.

El hombre moral no vivirá aislado. Buscará la compañía y se reunirá con los morales o con los que deseen serlo.

Tratará de convencer a los que, por error, son inmorales.

No se enfadará con los que son inmorales conscientes, pero los considerará enemigos del bien y como a tales les rehusará su amistad.

Dedicará sus afanes a asociar a los hombres de bien para que, con sus voluntades y energías, puedan desaparecer del mundo las inmoralidades que lo afean.

III

La moral ante la propiedad y la autoridad

CUANDO SE BUSCA BIEN el origen de toda autoridad se halla, invariablemente, la defensa de una propiedad.

Si no existiera la propiedad no habría necesidad de que nadie se constituyera en autoridad.

La moral distingue, sin embargo, entre propiedades y entre autoridades, porque hay dos clases de ambas.

Es plausible la propiedad individual de cuanto sea necesario a la manutención, al abrigo, al albergue y a la satisfacción de las necesidades mentales.

Es comprensible, también, que uno use de su autoridad para la defensa de lo que le es útil a su existencia de persona culta y libre, es decir moral.

Pero no ha de ser plausible, ni es moral, la propiedad de cosas superfluas mientras haya individuos que carezcan de lo indispensable para la vida.

Como no es plausible, ni moral, la autoridad que se ejerza para la conservación de propiedades superfluas en unos individuos, cuando muchísimos otros no tienen alimentos, abrigos ni albergues.

Los primeros hombres que se apropiaron de terrenos mayores que los necesarios a su manutención, fueron los primeros propietarios inmorales.

Aumentaron su inmoralidad cuando usaron de la astucia o de la fuerza para hacer trabajar a otros en provecho propio.

Los primeros ignorantes, o desgraciados, que aceptaron el trabajo para otro, sin que el fruto del trabajo fuese repartido equitativamente, fueron los primeros fomentadores de la inmoralidad.

Los primeros propietarios inmorales usaron, al principio, de su propia autoridad, que les daba su inteligencia y astucia, para hacerse obedecer voluntariamente.

Más tarde utilizaron la autoridad ajena, creándola entre los mismos ignorantes o desgraciados explotados. Les bastó escoger a los más brutos, o a los más inteligentes, y les nombraron vigilantes, capataces, directores, etcétera.

Los adornaron con distinciones, ora con una pluma o un galón, y les dieron, además, cuando fue necesario, un palo, un arco, u otra arma para hacerse respetar.

No repartieron con ellos, sin embargo, el producto del trabajo explotado, porque esos nuevos explotados, aunque menos interesados que los demás, se contentaron con las insignias y representación de la autoridad.

La vanidad y el orgullo de llevar una pluma o un galón hizo que aceptaran este indigno papel de guardianes de bienes ajenos, aunque para tales cargos fuesen retribuidos miserablemente.

No hay acto inmoral comparable al que ejecutaron los primeros osados que se atrevieron a declararse propietarios de las tierras.

Sólo se le puede igualar la inmoralidad representada por los primeros que se sometieron a semejante osadía, y por los que prestaron su apoyo a los osados.

De este reconocimiento de propiedad y de ese reconocimiento de autoridad para conservar la propiedad, nació la posibilidad de que, en adelante, se cometieran toda clase de abusos.

La pasión de poseer fue, en lo sucesivo, la más dominante entre los hombres.

El mal ejemplo dado por los primeros inmorales fue repercutido por todas partes.

Todo el mundo quería ser propietario, o ejercer de autoridad para conservar la propiedad a los que la poseían.

Y los descendientes de los que trabajaron por cuenta ajena continuaron contentándose con lo que se les daba por su trabajo.

Hasta llegaron a sufrir hambre y morir de inanición por el respeto que se les había inculcado por la propiedad.

Desgraciadamente se ha transmitido, hasta nuestros días, este respeto por parte de los que nada poseen a no ser su miseria, su pobreza y su ignorancia.

Al mismo tiempo, fue en aumento la osadía de los propietarios, llegando hasta lo que vemos hoy, en que, con el metal extraído de la tierra, se obtiene todo lo que produce el trabajo y la inteligencia de los que nada tienen ni nada poseen.

Es tanta la inmoralidad, de unos y otros, de los que se ofrecen para extraer el metal de la tierra, y de los que se dicen propietarios de ella, recibiendo sus frutos.

Por una pequeñísima parte del metal recibido de los unos, construyen los otros las casas, fabrican los vestidos y hacen cuanto rinde agradable la vida de los poseyentes.

Mientras tanto, los albañiles, los sastres y cuantos operarios y artistas concurren al bienestar de los propietarios, sufren toda clase de privaciones, cuando no la muerte, por falta del metal y de la tierra que ellos dejan en posición ajena.

Si alguna vez se quejan los desgraciados y reclaman un poco más de pan, se les amenaza con reemplazarlos por otros que, no teniendo ni pan, se contentarían con menos cantidad que la suya.

Y si tratan de rebelarse contra lo que creen ser injusticia, se les atemoriza y, a veces, mata con los constituidos en autoridad, al servicio predilecto de los poseyentes, primitiva razón de su existencia¹.

Los hombres constituidos en autoridad, que defienden la propiedad superflua, no son menos inmorales ante la razón y la equidad.

Resumen del capítulo III

Fueron inmorales los primeros que se apoderaron de tierras.

Lo fueron también los que lo toleraron y los que ejercieron autoridad para mantenerlo.

¹ Una señora que representaba la más alta autoridad de la nación, visitó una vez el presidio de Tarragona y, en presencia de los cabos de vara, cuyas malas fachas resaltaban por entre las de los considerados como terribles criminales, preguntó al director del penal que de dónde sacaban aquellos cabos de vara, y al oír la respuesta, que de los mismos presos, replicó la señora: "Valientes canallas". Estas dos tan severas como justas palabras podrían aplicarse, si se profundizase bien el origen de toda autoridad, a cuantos la ejercen, aun a la misma persona que las profirió, a pesar de tratarse de la reina.

Sólo es moral la propiedad que sirve para mantener la vida personal.

Por el acaparamiento de la tierra ha sido posible el de todas las otras cosas.

Resulta a la mente inmoral que unos hombres puedan poseer cuanto sea necesario a la existencia de otros.

IV

La moral religiosa

NO HABRÍAN PODIDO CONSERVARSE indefinidamente las propiedades inmorales, si no hubiera venido la religión en ayuda de los propietarios.

Tampoco habrían podido ejercerse las autoridades inmorales sin el apoyo que recibieron, también, de la misma religión, los hombres que las ejercían.

Por este motivo, incontestablemente, la religión es, todas las religiones son, marcadas con el estigma de la más baja inmoralidad.

Los que se apropiaron primitivamente de las tierras, utilizaron el ideal religioso para consagrar su autoridad y la de sus representantes.

Estableciéronse castas sacerdotales, cuyos individuos se atribuían la representación del Sol o de un dios cualquiera.

Su misión habría podido ser normal, si se hubiera limitado a utilizar su inteligencia instruyendo a los demás sobre las cosas y prácticas favorables a su salud y a su libertad.

Pero no fue así, puesto que abusaron del prestigio que les daba su saber para la consagración propietaria o autoritaria, como emanadas de un poder divino, sobrenatural.

Al mismo tiempo, consolaban a los pobres, a los miserables, asegurándoles que era insignificante la vida terrestre en comparación con la vida celestial que les esperaba después de muertos.

Y, aunque parezca increíble, no solamente fueron creídos por los primeros desgraciados, sino que también, hoy día, hay millones de hombres que continúan consolándose de las penas de la vida esperando recompensas para otra vida insensata, imposible.

En este engaño en que se ha tenido y se tiene a la gente es en lo que las religiones han perdido y pierden toda fuerza moral, todo respeto moral.

Hacer esperar placeres y dichas, para después de muertos, a los que viven en sufrimiento perenne, es una burla que los hombres morales no pueden perdonar a los que se dicen religiosos profesionales.

Mírese bajo el punto de vista que se quiera, se hallará siempre que la persona servidora de una religión vive del engaño, de la mentira y de la más patente falsedad.

Ningún representante de religión alguna ha podido, ni puede, probar que haya un ser sobrenatural, ni que exista otra vida después de la muerte.

Ninguno de ellos podrá presentar dato alguno que pruebe la existencia del cielo, del infierno, ni del purgatorio.

Preguntados separadamente sobre la existencia de estos tres mitos, y sobre la naturaleza y formas de su dios y de las almas, se contradicen todos.

Absolutamente ninguno, ni aun los más osados, que se titulan científicos, pueden hacer la menor experiencia que patentice siquiera una parte de verdad en sus aserciones.

Ni la existencia de Dios ni de dioses, ni de almas, ni la del cielo, ni la del infierno, ni del purgatorio ha podido ni puede probarse de ninguna manera.

Puede parecer extraño que, careciendo de base científica, todas las religiones se hayan podido mantener, aunque transformándose según las necesidades de la época.

No es extraño, porque lo mismo le ha sucedido a la idea de propiedad.

De la misma manera que aceptaron unos hombres, y han continuado otros, el trabajar por los demás y en reconocer la propiedad ajena cuando se carece de propia, de la misma manera aceptaron los primitivos, y continuaron después los siguientes, la idea de ultratumba, la idea de un dios.

Por la misma razón existen las autoridades.

Desde niños nos acostumbran a practicar una religión, a respetar, a admirar a los hombres con uniformes y con insignias, y a hacer limosnas, con lo cual se reconoce natural la posesión de fortunas o la de miseria y pobreza.

Grabándose estas ideas en los cerebros desde niños, no es extraño que se conserven generalmente intactas mucho tiempo de la vida, igualmente que las grabaron en la mente de los hombres primitivos y se transmitieron a las futuras generaciones.

Fue preciso que se abusara del poder autoritario para que se produjeran rebeliones y, con ellas, el estudio y la observación.

Del estudio y de la observación de los primeros rebeldes nació la ciencia.

Por la ciencia, que es la verdad de las cosas, se descubrió el engaño de las religiones, la ilegitimidad de toda propiedad superflua, y la inmoralidad de toda autoridad.

Desde que la ciencia se popularizó decayeron las religiones, perdiendo la fuerza y prestigio que tuvieron cuando la verdad era fruta prohibida.

Resumen del capítulo IV

Todas las religiones son inmorales porque afirman cosas negadas por la ciencia.

Sobre todo lo son porque con sus doctrinas justifican las injusticias sociales.

Al declarar que siempre habrá pobres y ricos, se hacen sostenedores de la propiedad superflua.

Los representantes de religiones han provocado y provocan guerras para mantener su prestigio, y no para que los pobres tengan su puesto en el banquete de la vida.

La religión es inmoral porque no predica la fraternidad humana, sino la sumisión a leyes que llaman divinas, pero que son incomprensibles.

V

La moral militar

PARA QUE LA PROPIEDAD SUPERFLUA fuera respetada por la muchedumbre desprovista de todo, no bastó la autoridad de la casta sacerdotal.

No bastaron las amenazas con que los sacerdotes atemorizaban a los rebeldes, para después de la muerte, porque no a todos causaba espanto el infierno.

Fue preciso crear cuerpos de hombres armados para que defendieran las propiedades, castigando a los que se atrevían con ellas sin el respeto debido.

Los primeros propietarios inmorales se rodearon, pues, de guardianes, cuyo único objeto fue guardar sus a personas y los bienes de que se habían incautado.

Sintiéndose fuertes, con tal ayuda, creció su osadía y emplearon la fuerza a sus órdenes para ensanchar sus poderíos, apoderándose de más tierras y otros bienes.

Cuanto más aumentaba la posesión, mayor número de guardias exigía, y ese afán de poderío dio lugar a luchas entre propietarios, para arrebatarse mutuamente lo que más se apetecía, y contra las rebeliones de los expoliados.

De entonces data este fenómeno, tan extraordinario como denigrante, de ver que los poderosos se sirven, para defenderse en contra de la muchedumbre, de individuos sacados de la misma muchedumbre.

Es un talento demostrado por los propietarios de lo superfluo que pone en parte muy alta la inteligencia de algunos hombres.

Esta inteligencia ha sido ejercida, solamente, por los curas, que se dan una vida de placeres, aconsejando a sus fieles la mayor resignación en sus penurias y sufrimientos.

Aceptado ya, por algunos hombres, el papel de defensores, aun a costa de su vida, de los bienes ajenos, mediante un salario o infima parte del botín tomado, quedó creada la casta militar.

La compusieron, primeramente, los hombres más amantes de aventuras que de un trabajo apacible y utilitario.

En segundo término, se veían y ven atraídos hacia la profesión de las armas los que se deslumbran fácilmente por la brillantez de los uniformes.²

Y, por fin, parte de las tropas de los infelices, que creyeron era un deber el exponer su vida en defensa de personas y cosas, se conceptuaban ser de origen superior a su propia procedencia.

A las posesiones adquiridas por la astucia y la fuerza les dieron el nombre de patria los primeros que lograron afianzarse sólidamente en el tiempo y en un paraje.

Mientras los poseyentes se entendían entre sí, cuando les era posible, para repartirse las tierras, los soldados se consideraban felices de ser los defensores de su patria.

La verdad es que las patrias cambian a menudo de amos, pero la mayoría de los que forman parte de ellas, y que nada poseen de la misma, se contenta siempre con las explicaciones que dan los amos nuevos.

La primera falta cometida por los primeros hombres que aceptaron ser defensores de bienes ajenos creó una costumbre, y esta costumbre se ha transmitido, desgraciadamente, como se transmiten todas las costumbres.

Lo curioso del caso es que el acto de los primitivos, que fue voluntario y, de momento, circunstancial, se ha transformado, gracias a la inteligencia de los unos y a la ignorancia de los otros, en actos obligatorios.

En efecto, casi todo el mundo cree hoy ser un deber, el más sagrado, el defender la patria, aunque no tenga uno donde caerse muerto, ni donde coger nada de lo más indispensable a su vida.

² Napoleón, siguiendo la táctica de sus predecesores bandidos, conocía tan bien la debilidad humana ante los uniformes de muchos colorines, que tenía a su servicio una infinidad de reclutadores, cuya misión era la de acompañar a soldados escogidos y bien uniformados, que se pasaban el tiempo en plazas y calles contando sus proezas y aventuras dichosas, ante el público embobado, mientras los reclutadores certificaban sus dichos y trataban de reclutar a los oyentes, para formar parte del mismo cuerpo y poder seguir las mismas aventuras. Entrar en su taberna, beber unas copas y pagar espléndidamente era el anzuelo final que hacía firmar a los mentecatos caídos en la trampa.

El arraigo de este supuesto deber en la mentalidad humana ha sido tan eficaz para los poseyentes de los bienes que componen las patrias, que se ha llegado a poder disponer de las vidas ajenas como la cosa más natural del mundo.

Primitivamente, las fuerzas armadas tenían por misión defender el suelo que se llamaba patrio o hacer conquistas para agrandararlo.

No se olvide que los soldados, defensores del suelo o conquistadores de nuevas tierras, ni suelen tener suelo ni adquirir para sí ninguna parte de las conquistadas.

Hoy en día se conserva la fuerza armada con el mismo pretexto de guardar la patria, que se dice común; pero, en realidad, se emplean las tropas para defender los intereses de los amos y propietarios de ellas.

En los primitivos tiempos, las gentes de armas conocían, al menos, a quien defendían, sabían por qué luchaban y no ignoraban por qué exponían sus vidas.

Pero hoy ni este consuelo les queda a los soldados. Las ordenanzas militares son tan severas que obligan al uso de las armas cuando mande un jefe.

Se han hecho célebres las palabras dirigidas por el actual emperador de Alemania a unos soldados, porque sintetizan ellas la barbarie que representa el espíritu militar.

Dijo Guillermo II a sus soldados que deberían disparar sus armas contra sus padres y hermanos, si para ello recibían orden de sus superiores. ¿Cabe mayor inmoralidad?

Puede uno llegar a explicarse que una persona, en un arrebatado de locura, producido por una discusión o un acto de toda violencia, atente contra la vida de un semejante, de un amigo, de un hermano y hasta de su propio padre.

Pero no puede explicarse, moralmente, que porque unos obreros, por ejemplo, se declaren en huelga y manifiesten su desagrado en contra de sus amos, vengan unos soldados y los maten, cual sucede a veces, por órdenes superiores indiscutibles.

La inmoralidad militar es, en este sentido, indiscutible también.

Por el mero hecho de que todo militar se obliga a usar de sus armas contra sus semejantes, por simple orden recibida, sin que

pueda discutir si es o no razonable, es evidentemente inmoral el servicio militar.

Se podría tildar de moral militar la del ejército que existiera para defender la sociedad, pueblo o nación, dentro de la cual fueran libres todos los ciudadanos, pudiendo satisfacer todas sus necesidades materiales, morales o intelectuales.

Y que existiendo otros pueblos o individuos interesados en hacer perder su libertad y su bienestar, se armaran y defendieran para conservar el bien que a todos por igual favoreciera.

En este caso, el uso de las armas sería altamente moral, porque sería consciente, obedecería a una necesidad común y el resultado sería igualmente benéfico para todos.

Resumen del capítulo V

No hay moral militar, porque el empleo de su fuerza es inconsciente.

El caso de las armas se comprende cuando es en defensa de su propia libertad.

Es inmoral el uso de armas cuando es en defensa de intereses ajenos y en detrimento de otros.

El militar voluntario puede ser excusable solamente por su ignorancia de lo que su profesión representa.

El militar obligado es una víctima de los errores cometidos por nuestros antepasados y transmitidos por rutina, por las religiones y por las astucias de los directores de los pueblos.

VI

La moral judicial

PARA QUE LA PROPIEDAD SUPERFLUA pudiera conservarse, no bastó con la existencia de las religiones, ni la de las tropas armadas y ejércitos permanentes.

La fe en otra vida y la sumisión por la fuerza daba lugar a muchas dudas, dudas que provocaban demasiadas murmuraciones y terribles rebeldías.

Se quiso atribuir un origen de derecho al que lo era sólo de astucia y de expoliación.

Se creó, pues, una casta de hombres especiales, concediéndoles toda clase de prestigios, encargada de dirimir las diferencias que surgieran entre los hombres.

Aunque los poseyentes fueran los creadores de esta nueva casta, como defensora de sus intereses, hicieron creer que los hombres especiales dirimirían las diferencias con toda justicia y se les dio el nombre de jueces.

Las sentencias de los primeros jueces fueron tomadas por el pueblo ignorante como oráculos divinos.

Así como los sacerdotes hablaban y hablan en nombre de su dios, y las tropas guerrearon y guerrean, todavía, implorando la protección divina, cuando no dicen obedecer a su mandato ambos ejércitos beligerantes, así los jueces juzgan en nombre de una justicia celestial.

En la mayor parte de los locales donde hoy se ejerce esta función que se llama de justicia, existe todavía la efigie de una divinidad, para dar más importancia a las sentencias dictadas.

Los poderes constituidos saben bien cuánto hiere a la imaginación popular todo lo incomprensible, todo lo que parece tener origen sobrenatural.

Por esta razón, visten a los jueces con hábitos imponentes, como visten a los soldados con otros vistosos uniformes, a los sacerdotes con sus extravagantes atuendos, y a todos los que ejercen una autoridad cualquiera.

Sin embargo, por debajo de los hábitos severos, y por encima de las efigies simbólicas, el hombre razonable, es decir, el hombre moral, ve en los jueces a hombres falibles, sujetos a error.

En efecto, si estudiamos al juez como hombre particular, le encontramos en los mismos vicios que a sus semejantes y con las mismas pasiones que, más o menos, a todos nos dominan.

Y, en estas condiciones, no puede admitirse que un hombre imperfecto sea árbitro de las contiendas que surjan entre los otros, imperfectos también.

Es tan inmoral el acto de un juez al condenar a un semejante suyo, como lo es el de un militar imponiendo su fuerza inconsciente, y el del sacerdote afirmando cosas incomprensibles para él mismo.

Estudiando el origen de la magistratura, se convence uno de que solamente existe para mantener a los propietarios en el goce de sus posesiones superfluas.

Esta idea ha quedado tan arraigada en la mente de los jueces que todos los códigos y todas las leyes obedecen a esta principal preocupación.

Hasta en los menores detalles, al estudiar las estadísticas de las sentencias en todos los tribunales del mundo, se confirma uno en esta verdad palmaria.

Un juez, o varios jueces reunidos, absuelven más fácilmente a una persona que haya matado a un prójimo, que a una que se haya apropiado de algo de propiedad ajena.

Hasta el público, en general, condena lo que se llama robo, con más calor y rencor que otros actos calificados también de delitos.

Es que, poco a poco, se ha sabido infiltrar en la mentalidad humana una idea de que la propiedad es lo máspreciado, y lo que más ha de ser respetado de cuando en el mundo existe.

Por esto los jueces se muestran siempre tan severos contra todo el que se apodera de lo que se ha convertido en llamar propiedad personal.

Si todos los hombres dispusieran de lo necesario para satisfacer las propias necesidades, no se comprendería lo que hoy se llama robo, ni se efectuaría tampoco.

En una sociedad perfecta no serían necesarios los jueces, por inútiles, y en la presente sólo son útiles a los propietarios de las tierras y de cuantas riquezas de ellas se extraen y producen.

No se diga, tampoco, que los jueces sean necesarios para castigar los que se llaman crímenes pasionales, ya que ellos mismos se hallan sujetos a la comisión de los mismos actos.

Si los esfuerzos gastados en castigar se emplearan en prevenir, instruyendo y facilitando una vida de libertad y amor a todos los hombres, holgarían por completo los tribunales que se llaman de justicia.

Resumen del capítulo VI

Siendo los jueces tan imperfectos como los demás hombres, es inmoral que se arroguen el derecho de condenarlos.

Se creó la magistratura, principalmente, para que protegiera la propiedad superflua.

Por esto condenan con más rigor lo que llaman robos que las muertes violentas del prójimo.

Primitivamente se dio origen divino a la justicia para que fuera aceptada por la muchedumbre.

Todavía se quiere conservar, en casi todas partes, el mismo origen u otro de carácter eminentemente superior.

Pero el hombre razonable conoce el verdadero origen del juez y, por esto, considera inmoral tal cargo.

VII

La moral política

DÍCESE QUE LA POLÍTICA ES LA ciencia de los gobiernos, o el arte de gobernar los Estados, y nosotros decimos que es el arte de conservar la propiedad a los que la usan en detrimento de los demás.

Los primeros hombres que se apropiaron terrenos mayores a los necesarios a su manutención, fueron los primeros hombres políticos.

Los hombres que continuaron guardando y aumentando sus posesiones, según su astucia y según la debilidad o la ignorancia ajenas, fueron los continuadores de la política.

Los representantes de toda religión, que influyen con sus doctrinas a la conservación de las propiedades superfluas, son los servidores de aquellos políticos, y políticos ellos mismos. Las instituciones armadas, que con su fuerza protegen y mantienen las mismas propiedades, son sostenedoras de los mismos políticos, y hacen política.

Y todos los llamados tribunales de justicia que, según hemos visto en el capítulo anterior, tienen por principal misión proteger las propiedades superfluas, dan apoyo a los citados políticos.

Los políticos que en todas las naciones se titulan conservadores son lógicos en sí mismos si tienen propiedades superfluas, mientras haya seres que carezcan de lo indispensable a la vida.

Hay, por consiguiente, una política conservadora, en frente de la cual suele hallarse siempre otra política que se titula liberal.

Cambian a veces los nombres, según la nación y el régimen monárquico o republicano, pero, si cambian los nombres de los partidos políticos, no cambia el significado de la política. En todas las naciones hay un partido, a lo menos, que tiende a conser-

var las leyes y costumbres; es decir, el derecho de poseerlo todo, y otro partido que trabaja, al parecer, para modificarlas.

Ya hemos dicho que la política conservadora es inmoral, porque trabaja para la conservación de la inmoralidad imperante. La política de los que combaten a los conservadores es más o menos moral según el fin que los individuos se propongan.

Hay muchas clases de políticos titulados liberales, demócratas, republicanos, radicales, socialistas, etc., que se dicen estar en frente de los conservadores.

Para mayor comprobación de los niños, haremos solamente dos distinciones entre los políticos que no se conforman con el estado presente de las cosas.

Calificaremos a los unos de políticos reformistas y a los otros de políticos revolucionarios.

Es bueno advertir que los mismos conservadores han tenido que ir reformando sus leyes y sus medidas de gobierno, ante la siempre creciente protesta en contra de los privilegios.

Han tenido que hacer concesiones a los reformistas y a los revolucionarios, prefiriendo ceder algo ante el miedo de perderlo todo.

Pero sus concesiones han sido siempre aparentes, porque se han cuidado mucho de que, en el fondo, nada se modificara el derecho de propiedad.

Una de las concesiones que hacen los partidos conservadores, cuando el pueblo es demasiado amenazador, es concederle el sistema parlamentario, para que los representantes de la nación diriman las dificultades o diferencias.

Dan una especie de derecho electoral, para que los reclamantes nombren a diputados suyos que acudan a unas asambleas donde todo se ha de tratar.

Los gobiernos modifican el sistema parlamentario, o los sistemas de rotación para el nombramiento de diputados, según las circunstancias y temores que de los pueblos descontentos tengan.

Se han hecho revoluciones de sentido económico, reclamando pan y trabajo, y se las aplacó siempre con promesas de libertades, de reformas y de derechos.

Pero nunca se ha establecido el derecho a la vida, ni la reforma del derecho de propiedad en sentido equitativo, es decir, comunista.

En esto estriba el eje de la política.

Toda la política y todos los políticos giran para dirimir esta cuestión capital de que si es justo que unos hombres lo posean todo, y otros no posean nada.

Según hemos ya dicho, existen los políticos conservadores que politiquen para que nada se cambie en el estado de cosas actual, porque a ellos no les conviene siendo los propietarios de todo.

Son los políticos conservadores que apoyan a todos los gobiernos de todas las naciones, bajo la dirección de un emperador, de un rey o de un presidente de república.

Cuando estos políticos conservadores, poseyentes de las tierras y de las otras riquezas de las naciones, temen demasiado al enojo popular, dan los gobiernos a los liberales reformistas, con lo cual queda el pueblo calmado y engañado.

Si hay reformistas de buena fe que crean que con sus reformas llegárase a un régimen de equidad, pueden considerarse políticos inmorales inconscientes.

Pero la mayoría de ellos son tan inmorales como los conservadores, porque defienden con igual tenacidad las leyes protectoras de la propiedad superflua.

Todos los gobiernos, todas las leyes, todos los reglamentos y todas las administraciones e instituciones públicas tienden y sirven al sostenimiento de los grandes propietarios y de las superfluas fortunas.

Todos los partidos políticos que forman parte de los gobiernos, toda la política que se llama gubernamental es, por lo tanto, política inmoral.

Los electores de todos los partidos se hacen cómplices de la inmoralidad gubernamental al aceptar un sistema fracasado y altamente corruptor.

Si los electores que se creen revolucionarios reflexionaran que con su acción directa, individual y colectiva, podría modificarse el ambiente y el modo de ser de los pueblos, ninguno votaría a representante alguno.

¿No podrían más los miles de votantes (35 mil en unas elecciones de Barcelona y 80 mil en otras de París), con su acción directa en su mismo pueblo, que no los pocos representantes suyos (cinco en Barcelona y uno en París) lejos de él?

Solamente hay una política moral: es la política revolucionaria cuyo único objeto sea el derrumbamiento de toda la máquina gubernamental, representante de la inmoralidad propietaria.

Son morales todos los políticos que trabajan para el establecimiento de un régimen en que sean las riquezas y tierras comunes, y puedan los hombres satisfacer sus necesidades, sin menoscabo de las ajenas.

El ideal de los políticos morales es el que se expresa en esta forma: a cada cual según sus necesidades, de cada cual según sus medios.

Resumen del capítulo VII

Hay dos políticas:

-Política pasiva.

-Política activa.

Es pasiva toda política que, sea o no reformista, tiende al sostenimiento de las propiedades superfluas.

Es activa la que tiende al cambio radical, absoluto, del régimen capitalista.

Son inmorales los políticos pasivos.

Morales son, únicamente, los políticos revolucionarios que tiendan a la instauración de un régimen de justicia.

VIII

La moral patriótica

SON INNUMERABLES LOS ardides de que se valen los amos de todo para conservar sus privilegios.

Como que, a pesar de sus invenciones de religiones, de ejércitos, de tribunales y sistemas políticos, no pudieron convencer a los desposeídos de todo, inventaron la entidad patria, con la cual lograron no poco éxito.

En efecto. Para muchísima gente la patria es algo grande, elevado, indispensable, digno de todos los amores.

Es verdad que pocos son los que no conservan, durante la vida, un recuerdo tiernísimo del lugar donde pasaron los primeros años de su existencia.

Este recuerdo tiernísimo se transforma, poco a poco, en amor profundo, sobre todo por el querer esencial que uno pone a todas las cosas y personas cercanas.

Y queda solidificado ya el amor patrio cuando, en la escuela, a la par que en la familia y en los libros, diarios y revistas, no nos enteran más que de actos heroicos, empresas sublimes, y luchas tremendas a favor y en pro de la patria.

Llegamos a creer y a convencernos de que es un sagrado deber el de defenderla con las armas en la mano, y de que la mayor gloria del hombre es la de morir por ella cuando se vea atacada.

Pero cuando un hombre se pone a reflexionar y, sobre todo, se pone a observar cuando tiene la fortuna de hacer viajes fuera de su lugar natal, y fuera de lo que cree ser su nación, entonces la idea de patria se modifica.

Viajando se observa que hay lugares hermosos y sitios pintorescos en todas partes.

Existe conocimiento de que los habitantes de otras regiones y de otros países tienen los mismos sentimientos para cada propio país respectivo.

Y que también sienten todos el mismo amor patrio, por las mismas razones que él adquiriera el suyo, por su propia patria.

Obsérvese también que, si a un niño se le traslada de muy pequeño a otra nación, el cariño y el amor serán para el sitio donde viva, y el lugar donde nació será olvidado casi por completo a pesar de conservar su nacionalidad.

Pero lo que más hace cambiar la idea de patria al observador es cuando se da cuenta que en todos los países hay hombres que se aprovechan del amor patriótico, y otros que sufren por él.

Y que en todos los países son los mismos a quienes favorece el amor patriótico, y los mismos a quienes perjudica.

Es innegable, efectivamente, que los interesados en conservar y sostener el amor patriótico son los propietarios de lo superfluo y los privilegiados de todos los pueblos.

Porque cuando hay luchas entre los poderosos, para quitarse entre sí tierras o privilegios, piden todos ayuda al pueblo, que no tiene tierras o privilegios, pero en nombre del amor patrio obtienen todo sacrificio y apoyo desinteresado.

Los que sufren, los que mueren y los que nunca ganan en las guerras, son los pobres, los que nada tienen que ganar ni defender.

La historia está llena de luchas y guerras civiles y extranjeras en defensa siempre, al parecer, de los intereses de la patria, pero, en realidad, se hacen para defender los intereses particulares de unos propietarios y de otros privilegiados.

Ha sucedido y sucede siempre lo mismo en todas las naciones, en todos los ámbitos de la tierra.

Como excepción, se pueden citar las revoluciones y rebeliones populares, no a favor de la patria, sino en contra de sus tiranos y de sus amos explotadores.

Desgraciadamente, sucede pocas veces que el pueblo llegue a convencerse del engaño en que se le tiene, y de su necesidad de rebelarse contra sus opresores.

Por el contrario, se presta siempre mansamente a ir a luchar contra enemigos desconocidos a los que le presentan como enemigos de su patria.

En todas las guerras hay vencedores y vencidos. A veces, son unos poderosos los que ganan, y otras veces son otros los que pierden, pero los pobres salen siempre pobres si logran, acaso, conservar su vida.

Lo más estupendo es que ni la vida exponen, generalmente, los provocadores de guerras y los que de ellas salen beneficiados.

Basta que se invoque el nombre de la patria para que una inmensidad se ponga como fieras a defender un mito, una cosa impalpable, inexistente para ellos.

¿Qué patria posee el que nada tiene, el que carece hasta de lo más necesario a su existencia, el que, careciendo de un jornal, ya no puede siquiera comer?

Compréndase que se consideren patrióticos los que posean un pedazo de tierra u otras riquezas que les permitan holgada vida y seguridad del mañana.

Se comprende, también, que usen del nombre de la patria los que se enriquecen con el trabajo ajeno, porque justifican el poco salario dado con la competencia hecha en países extranjeros.

Y en cada país dicen lo mismo los grandes terratenientes, los fabricantes y cuantos tienen asalariados en gran número.

Los trabajadores aceptan el escaso salario, creyendo ser un deber patriótico, cuando lo que hacen con ello es aumentar los bienes de quienes poseen lo que constituye la llamada patria.

Todo amor patriótico es inmoral por las razones antedichas. Habría una moral patriótica cuando los hombres de una región, o de una parte cualquiera de la tierra, se constituyeran en propietarios comunes de cuanto en ella existiera.

Si los nacionales de una patria común pudieran satisfacer sus necesidades físicas, intelectuales y morales, sin excepción alguna, podrían llamarse dignamente patriotas, con tal de que su bienestar no fuese a costa de pueblos ajenos.

Resumen del capítulo VIII

La idea de patria es un sentimiento que no resiste a una profunda observación.

El amor patrio favorece solamente a los que poseen una parte de ella.

Los desheredados de toda fortuna son las víctimas del amor patriótico.

Ninguna nación se puede llamar moral, porque en todas ellas se cometen y toleran injusticias.

Los propietarios primitivos inventaron la palabra patria para poder conservar sus privilegios.

IX

La moral en el trabajo

TODO SER VIVIENTE HACE un trabajo, consciente o inconsciente, para alimentarse.

La mayoría de los seres no tienen otra preocupación que la de buscarse el sustento, no haciendo otra cosa durante su vida, por corta o larga que sea.

En todas las innumerables transformaciones por las que ha pasado el ser humano, no ha dejado nunca de obedecer a esta ley, igual para todos los seres.

Perecen los seres cuando carecen de fuerzas para procurarse la nutrición, si otros no se la dan.

También fenecen los que no reciben el alimento necesario a su propia conservación.

Antes de adquirir formas humanas les costaba poco a nuestros antepasados proveerse de los víveres cotidianos.

La caza, la pesca y los frutos silvestres bastaban a su satisfacción, cual acontece hoy a una infinidad de seres animales.

Desarrollándose la inteligencia de nuestros abuelos, supieron hacer provisiones de lo abundante para los días de escasez.

Siendo más hábiles que otros animales, pudieron domesticar algunos para que les dieran carnes, leche, pieles y les ayudaran a la caza de otras especies.

Pero el colmo de la inteligencia de nuestros ascendientes fue cuando, de forma humana ya, tuvieron astucia los unos para hacer trabajar a los otros en su provecho propio.

Viendo que era necesario cazar para los pequeños nacería, tal vez de esta circunstancia, la picardía en los más inteligentes para hacerse servir.

Naciera como naciera la primera nefasta astucia en las primeras mal empleadas inteligencias humanas, lo cierto es que la

astucia llegó a ser ley acatada por casi todo el mundo. Aumentando la inteligencia humana, se hallaron cada día mayores facilidades para satisfacer las necesidades de la vida, siempre en aumento a la par que la inteligencia.

El trabajo humano llegó a producir maravillas, en relación al desarrollo, siempre creciente, de la inteligencia de los hombres.

Pero no hubo relación entre la inteligencia de los unos y la de los otros.

Mientras los primeros inmorales, de quienes ya hablamos, continuaron y continúan aprovechándose de todos los inventos, los pobres, los esclavos, continuaron y continúan prestándose a ello.

Desde que unos primitivos hombres osaron declararse propietarios de la tierra, el trabajo dejó de ser equitativo.

Nacieron, más tarde, las industrias y el comercio, pero no nació la igualdad en el trabajo.

Los más astutos guardaban y guardan la mayor parte de los productos, porque los ignorantes se contentan con la pequeña parte con que se les gratifica.

Y la mayoría de estos infelices se considera agradecida, y hasta besa la mano que le da un mendrugo.

El trabajo humano llegó a considerarse un arte, produciendo obras, en todos los ramos del saber, que maravillan a cuantos las contemplan.

Desgraciadamente, la mayor parte de las obras de arte sirven solamente para causar placer a los que nada producen, a los que nada tienen que producir, ya que heredaron o reciben de otros sus riquezas.

Y los mismos artistas que crearon obras maravillosas, a pesar de su saber, a pesar de su talento, a pesar de sus obras, murieron y mueren casi todos de hambre.

Los simples trabajadores, sean de la clase que sean, mozos, empleados, dependientes, todos contribuyen, a ellos se debe cuanto existe y, sin embargo, son ellos los que de todo se privan, los que casi de todo carecen.

El trabajo, tal como se efectúa hoy en todas partes del mundo, es inmoral, lo más altamente inmoral.

Pasa la vida el albañil construyendo casas y palacios, y ni de una choza puede disponer para cobijarse. Tejen los tejedores

riquísimas telas para adorno de los privilegiados, y apenas pueden ellos usar las ordinarias para cubrir sus cuerpos.

Cosen y confeccionan la modista y el sastre vestidos de seda y gabanes de pieles, y tiritan de frío en invierno por carecer de abrigos.

Hace primorosos zapatos el zapatero para quienes tienen dinero, y a menudo tiene que contemplar a sus hijas descalzas por la calle.

Sirve el camarero exquisitos manjares en los espléndidos comedores de hoteles públicos y particulares, y tiene que comerse la bazofia que le dan en mugrientas mesas y servida con menos cariño que el demostrado a los perros.

Casi siempre tiende la mano temblando el trabajador, al recibir el irrisorio salario de su trabajo, temiendo todavía que le anuncien una disminución de cantidad, o el término general del mismo.

Todos estos hechos han de sublevar la conciencia del hombre moral, no sabiendo a quiénes vitupera más, si a los que se valen de la ignorancia ajena o a los mismos ignorantes.

Crece la inmoralidad del trabajo cuando en él se forjan las cadenas que han de aprisionar a los mismos trabajadores.

Construye el trabajador los edificios que le servirán de cárcel, si algún día se rebela contra la tiranía de sus explotadores.

Edifica, restaura y conserva las iglesias, dentro de las cuales cultiva el error de que el pobre no tiene redención, y que de él poco ha de esperar y agradecer su limosna.

Eleva cuarteles donde se aloja la fuerza pública que le someterá cuando intente emanciparse.

Con su trabajo viste a los jueces que le han de condenar, arma a los soldados que tal vez le fusilen y atiende a los sacerdotes que de él se burlan.

Da de comer a sus espías, a sus perseguidores, a sus enemigos y a sus verdugos.

El trabajador sufre trabajando para que los demás gocen, disfruten y lo desprecien.

Todo este trabajo es criminal.

Habrá moral en el trabajo cuando todo él sirva, no para enriquecer solamente a unos solos, sino para aumentar el patrimonio universal a la disposición de todos, según las necesidades de cada cual.

Resumen del capítulo IX

El trabajo es indispensable a todo ser viviente.

Sin el trabajo sería imposible la vida.

Los seres que, por cualquier circunstancia, no pueden trabajar, a otros deben su existencia.

Es necesario, pues, trabajar para sí y para los inútiles al trabajo.

Pero los que, pudiendo trabajar, explotan el trabajo ajeno, son inmorales.

Todo trabajo que fomente la explotación humana es trabajo inmoral.

Es trabajo moral el que se hace a favor y en bien de todos.

X

La moral social

CASI TODAS LAS ESPECIES animales viven, más o menos, en sociedad.

Por causa de la reproducción y, sobre todo, para procurarse mejor el alimento, se crean las sociedades entre animales. Cuando empezó a hacerse posible la vida sobre la tierra, fueron inconscientes las uniones de los seres primitivos.

La repetición de los fenómenos naturales fue observada por los primeros animales y, con esta observación, se formaron en ellos los rudimentos de la memoria.

Y entonces las sociedades entre animales pudieron ya ser conscientes.

Es incalculable el número de miles de siglos que se habían necesitado para que los primitivos seres llegaran a tener el órgano receptor de sus observaciones.

También es incalculable el número de miles de siglos que han necesitado las especies para cada pequeña transformación por la que han pasado.

Imposible de averiguar e imposible de saber, ni el número de millones de años pasados ni de los millones de transformaciones sufridas por los animales y vegetales hasta llegar a ser lo que hoy son y somos.

Tampoco puede nadie calcular ni prever las transformaciones que todos sufriremos todavía mientras sea posible la vida en este planeta.

Sin embargo, la experiencia de lo pasado nos autoriza toda clase de suposiciones para el porvenir.

Dejando, pues, libre curso a nuestra imaginación, nos permitimos decir que el hombre de los siglos venideros, sin poder calcular los millones de ellos, podrá muy bien diferenciarse de nosotros más todavía que nos diferenciamos de los perros.

Pero, como no hemos de hablar del transformismo en este librito, vamos a proseguir el estudio de la moral social.

A medida que los animales iban haciendo nuevas observaciones, aumentaba su experiencia y con ella aumentaba el órgano receptor: el cerebro.

Adquiriendo experiencia, se adquirió conocimiento y éste iba probando la utilidad de las asociaciones.

Puede asegurarse que todas las asociaciones de las especies animales tienen por objeto el apoyo mutuo, para asegurar la alimentación de todos los individuos que componen la asociación.

Durante millones y millones de siglos viéronse, y se ven todavía, una infinidad de especies animales, siguiendo la misma ley de apoyo mutuo.

Una especie animal, solamente, se distinguió de las demás al llegar a cierta transformación mental: fue la especie humana.

En efecto, fue el hombre quien, al poseer cierto grado de inteligencia, en lugar de continuar la sublime ley de apoyo mutuo, se hizo explotador mutuo.

El desarrollo intelectual en el animal hombre ya se produciría tan desigualmente que permitió a los más inteligentes formar asociación, aparte de los menos capacitados.

Como ya hemos visto en los capítulos anteriores, unos hombres primitivos lograron constituirse en amos de más tierras, con la aprobación y beneplácito de los demás.

Y los que fueron más inteligentes desde la formación de la raza humana continuaron asociándose, para conservar y proteger sus privilegios hasta hoy día.

En cambio, los incapacitados que fueron en las primeras edades de la humanidad han continuado siéndolo, sin que les hayan servido los constantes ejemplos de apoyo mutuo con que otros seres animales se defienden de seres más fuertes que ellos.

Esta incapacidad de unos ante la inteligencia de otros ha permitido la existencia, hasta hoy día, de este estado social que es imposible calificar de moral.

Es moral la asociación de individuos para la defensa común y para el mutuo apoyo.

Pero esto no puede hacerse en detrimento de los débiles en ninguna sociedad humana, por civilizadas que se consideren las naciones que las formen.

En todos los pueblos, en todas las naciones, reina la injusticia por la que unos hombres se aprovechan del trabajo ajeno, viendo morir a unos de hambre y a otros de excesiva nutrición.

Por esta razón no hay moral social en ninguna parte de la tierra, a no ser en ignoradas tribus donde se respete la libertad y la vida de todos.

Podrá haber moral social, y de seguro la habrá, cuando las naciones lleguen a ser verdaderamente civilizadas, porque ahora sólo lo son de nombre.

Los pueblos adquirirán el título de civilizados cuando sus individuos se convenzan de que el verdadero bienestar estriba en que todos los hombres puedan gozar de él con libertad.

En todos los tiempos ha habido quienes defendieran la buena justicia en medio de las injusticias sociales, pero, por ser pocos, fueron infructuosos sus esfuerzos.

Eran tantos los prejuicios que dominaban a las muchedumbres, que las palabras o los actos de los rebeldes se quedaban sin efecto visible o inmediato.

Mas ahora las circunstancias han variado muchísimo.

Desde que la ciencia demuestra la unidad de la materia y, por lo tanto, la falsedad de cuanto afirman las religiones respecto a seres sobrenaturales, se ha desvanecido el prejuicio religioso.

Desde que los medios de comunicación facilitan los viajes y, por la imprenta, el cambio de ideas y noticias, se han desvanecido los prejuicios que se tenían sobre la patria, la propiedad y la autoridad.

Visitando países extranjeros se da cuenta uno de que los pueblos no son naturalmente enemigos entre sí, sino artificialmente, por las ideas que los gobernantes les inculcan.

Nótese también, en estas visitas, que en todas partes hay propietarios que aumentan sus riquezas por el trabajo de quienes son siempre más y más pobres.

Obsérvese, en fin, que en cada nación es la autoridad la que sostiene al privilegiado, y que si no fuese porque los pobres se prestan a servir de autoridad, sería imposible la defensa de la propiedad.

Todas estas observaciones han aumentado considerablemente el número de rebeldes, porque del fondo humano puede salir, siempre, la bondad y el amor a la justicia.

Además del amor al bien, tienen, muchísimos hombres, la convicción de que aun a los mismos privilegiados de hoy les favorecería un cambio de régimen.

Por poco que se reflexione, se comprende que sería preferible vivir en una sociedad de paz, amor y bienestar para todos, y no en las luchas crueles e incertidumbre en que hoy se vive.

Por esto, son hoy, en gran número, las personas que tienen una conducta moral y que trabajan para transformar las sociedades inmorales en naciones donde sea imposible la inmoralidad.

Resumen del capítulo X

Las sociedades tienen por objeto el bien común de los asociados.

Cada sociedad puede formarse con un fin concreto, pero siempre se dirige a favorecer a los individuos que la componen.

La sociedad humana, lo que se llama pacto social, no ha respondido al origen de todas las sociedades.

Se llama impropriamente pacto social al modo de vivir de los hombres, porque nunca hubo tal pacto.

La sociedad quedó formada por imposición de los unos y la debilidad de los otros.

Y como donde hay imposición no hay justicia, la sociedad humana carece de moral.

No hay moral social en ninguna nación del mundo.

Sólo será moral el pueblo o sociedad que logre la libertad y bienestar de sus individuos sin que sea en detrimento de otros.

CONCLUSIÓN

La moral científica

SERÁ MORAL EL HOMBRE que en todos sus actos tienda al bienestar de todos los otros hombres.

De cuanto haga procurará dar ejemplo de lo que los demás deberían hacer.

Lo primero de todo, ha de conservar su salud para evitar molestias al prójimo y poder ser útil a todos.

Gózase de buena salud cuando se vive en aseo esmerado, con sana alimentación, y no se cometen excesos de ninguna especie.

Lo segundo que ha de atender más el hombre moral es a su instrucción, estudiando cuanto le sea posible y observando siempre lo que sucede a su alrededor.

Se instruirá sobre el origen de la Tierra y del hombre en particular, y en general sobre todas las ciencias naturales.

Sin un conocimiento profundo de las ciencias naturales, se hacen difíciles los otros estudios.

Aconsejamos, pues, a los niños que estudien las ciencias naturales antes de emprender otra clase de estudios.

Puestos ya a dar consejos, daremos uno a los jóvenes y hombres, seguros de que nos lo han de agradecer: que lean *El Hombre y la Tierra*, de Eliseo Reclus, que lo tengan en su biblioteca y no se cansen de leerlo, de estudiarlo y de repararlo.

Cuando el joven entre en edad de trabajar, de seguro que escogerá el oficio, profesión o arte que sus aptitudes y sus gustos le hagan simpático.

Con la instrucción racionalista que haya recibido habrá adquirido la convicción de que el hombre moral ha de trabajar, ha de producir lo que su saber y su fuerza permitan.

Pero tratará de que su producción sea obra de paz, sea obra de utilidad o de recreo moral para sus semejantes y para él mismo.

No se prestará, en cuanto le sea posible, a aumentar los armamentos ni los objetos y cosas diversas que sirven a fomentar la mortalidad.

Cuando la edad lo permita, entrará a formar parte de los centros instructivos y sociedades populares que persigan la emancipación humana.

En el seno de estas sociedades y en las relaciones particulares, hará propaganda en favor de sus ideales.

Como habrá estudiado la historia de las religiones, podrá con facilidad hacer perder los prejuicios religiosos a quienes los conserven.

Conociendo el origen de la propiedad, la autoridad y de la idea de patria, podrá también desvanecer los prejuicios que sobre estos asuntos mantengan sus compañeros y conocidos.

Dándose cuenta de que la mayoría de centros y sociedades pierden el tiempo en cosas baladíes, se esforzarán en demostrarles su error y su pérdida de tiempo.

Propondrá el estudio y discusión del tema único que a todos los hombres morales debería interesar:

Fin de la explotación del hombre.

Principio de un régimen de paz, amor y bienestar para todos.

Estando convencido de su razón, será incansable ante la indiferencia de los unos, el escepticismo de los otros y la duda en la probabilidad del éxito de casi todos.

Sus estudios y sus observaciones le habrán convencido tanto de la verdad que insistirá, una y mil veces, hasta que se le escuche, hasta que se le atienda.

Concretará su ideal de una manera comprensible al prójimo y de posible e inmediata realización, porque no seducen los ideales que se consideran irrealizables.

Al efecto, se trazará un plan de discusiones, que le sirva para la propaganda individual, lo mismo que para la colectiva en las sociedades de que forme parte.

Podrá dividir su plan o programa de propaganda en tres partes:

- 1.- Demostración de que los regímenes políticos actuales son inmorales.
- 2.- Medios más adecuados para el cambio de régimen.
- 3.- Instauración y defensa de un régimen moral.

La demostración de que los regímenes políticos de todas las naciones son inmorales le será fácil, porque no hay un solo hombre razonable en el mundo que no convenga en ello.

Todo el mundo halla injusto, por ejemplo, que anden por las calles criaturas abandonadas, de trabajadores muertos o no accidentalmente.

Nadie aprueba, nadie cree justo ver a ancianos mendigando después de haber pasado toda su vida trabajando para los demás y sin haberse podido dar jamás, tal vez, un solo día de satisfacción.

Todos nos apenamos ante los rostros cadavéricos, o denotando sufrimientos indecibles, de tantos hombres y tantas mujeres como se ven por las calles, arrastrando una vida que sólo el nombre de ella tiene.

Hasta los mismos privilegiados, cuando son francos, confiesan que su existencia no está exenta de temores, de duda y de intranquilidad.

El hombre moral no tendrá, por consiguiente, dificultad alguna en la aprobación de que la primera parte de su programa sea exacta, exactísima.

No le sucederá lo mismo al proponer el estudio de los medios que se habrán de emplear para que cese el actual estado de cosas.

En la discusión de la segunda parte de su programa se encontrará ante la diversidad de criterios, arraigados por la rutina, por la lectura siempre de unos mismos periódicos y por la casi nula observación que hacen los hombres de las cosas.

Pero como él conocerá los defectos de los demás, se los dispensará, no se enojará con ellos y tendrá paciencia para discutir amistosamente hasta lograr convencerles de su error.

Hará resaltar los medios de que se valen los privilegiados para mantener el régimen inmoral, el engaño y la fuerza.

El engaño consiste en atribuirse el derecho de poseer lo que poseen y servirse de las religiones, sistemas educativos y políticos para que el pueblo acepte, tolere y respete tales derechos.

La fuerza consiste en las autoridades armadas para dominar toda rebeldía que se levante ante su engaño.

Demostrará que, casi siempre que se conoce el origen de un mal, se halla fácilmente el remedio que lo puede curar o la prevención que lo podrá impedir.

Y que lo mismo que se aplica en medicina, para la supresión o cura de epidemias y enfermedades, se puede aplicar para suprimir las injusticias sociales.

Sabido ya que es por engaño y por la fuerza que ellas se producen, se estudiará la manera de anular y suprimir estas dos cosas.

Con la instrucción racionalista desaparecerá el engaño, y con la voluntad de los que deseen ser morales se anulará y dominará la fuerza.

Existen dos medios que se pueden oponer a la fuerza opresora: convencerla de su inmoralidad y presentarle otra fuerza superior.

Como que la mayor parte de los hombres que componen la fuerza sostenedora del régimen capitalista son hijos del pueblo oprimido, al mismo pueblo tocará el convencer a sus hijos del verdadero papel que están representando.

Hasta a los que no sean hijos del pueblo se les podrá convencer del error en que se hallan sosteniendo un régimen repleto de miserias e ignominias.

Este trabajo de propaganda puede ser metodizado por medio de conferencias públicas, distribución de folletos explicativos y, sobre todo, por la constancia individual de los socios de los centros instructivos y populares.

Al hombre moral, a todos los hombres morales, tocará influir para que estos trabajos se hagan con la fe y el amor que dan la seguridad del cumplimiento de un deber.

Sin embargo, como el medio convincente no habrá de bastar, se procederá al estudio del medio de presentar una fuerza superior a la fuerza opresora.

Se contará la fuerza que hay en toda la nación, y se conocerá bien cómo está distribuida en los pueblos y ciudades de la misma.

No perseguimos detallando los detalles de las discusiones y de los estudios que, referentes a esta parte del programa, se podrán hacer en las sociedades aspirantes a ser morales.

Con lo dicho basta para comprender que todo es fácil cuando existe una convicción, ya que guía una voluntad y se tiene fuerza y energía.

Bueno será, sin embargo, y lo creemos indispensable para el buen éxito de la empresa, que no se deje de estudiar y discutir la tercera parte del programa de nuestro hombre moral.

Cuando uno rompe unos huevos ya sabe, generalmente, si quiere hacer con ellos una tortilla, freírlos, o cómo se propone guisarlos.

De no ser así, podrían quedarse los huevos rotos, o perderse, o servir, tal vez, para lo que menos suele uno destinarlos. Para que los estudios, discusiones y energías de los hombres morales tengan eficacia completa, convendrá trazar bien cómo se instaurará y sostendrá un régimen de moralidad.

Aquí se presentarán otras dificultades, porque cada cual tiene más o menos formado su criterio sobre la posibilidad de poder vivir de una o de otra manera.

La mayoría de los hombres está tan impregnada del régimen actual que no concibe una transformación radical.

Los unos se contentarían con un poco más de libertad, los otros con aumentos de salarios, los de más allá con disminución o supresión de... los de más acá, creación de cajas de retiros para la vejez, muchos con la supresión de frailes, etcétera.

Pero pocos piensan, todavía, con un cambio absoluto del régimen capitalista.

Los mejor intencionados procuran la unión del capital y del trabajo.

Trabajo inútil. Vano empeño. La única solución lógica es esta: siendo como son todas las riquezas extraídas de la tierra, elaboradas y producidas por el hombre, al hombre pertenecen y han de pertenecer todas.

La tierra toda, cultivada por el hombre, al hombre ha de pertenecer.

Todo cuanto sirve para la vida humana procede de la Tierra o de su atmósfera. Por consiguiente, del hombre es, del hombre ha de ser.

Decimos “del hombre” queriendo decir de todos los hombres, de todas las mujeres, de todos los niños, de toda la raza humana.

Basta que esta idea penetre en las mentalidades morales para que ellas hallen la manera de poner en aplicación esta realidad.

No será imposible, ni aun muy difícil, cuando la propaganda de nuestros hombres morales, de todos los hombres morales, haya penetrado en el número de cerebros necesario para producir el cambio de régimen capitalista.

No importa el nombre que pueda darse al régimen nuevo: sociedad moral, república comunista, república social, república federal comunista, etcétera.

Lo importante es que el hecho sea real, es decir, que desde el día del nuevo régimen sea todo de todos, todo común a todos los hombres.

Hasta la misma organización política, en lo que concierne a las divisiones territoriales de los municipios actuales, podrá servir de base al nuevo régimen comunista.

Todo lo que existe en el pueblo es de todos los habitantes del pueblo.

Todo cuanto contiene la ciudad pertenece a los habitantes de la ciudad.

Todos los pueblos, todas las ciudades de una región o de una nación, se federarán entre sí para el cambio de productos.

El dinero, conservado solamente para las relaciones comerciales con los países exteriores, mientras no adoptaran el régimen comunista.

Red de ferrocarriles, buques, minas, etc., todo de propiedad común de la región, o nación comunista.

Todos los hombres trabajarían con ardor el tiempo preciso para aumentar cada día los productos, a fin de aumentar el bienestar de todos.

El afán de embellecer la vida haría de todos los hombres artistas de mérito en todos los ramos del trabajo manual, intelectual y artístico.

Las sociedades de resistencia de hoy se habrían transformado en sociedades federadas de todas clases de profesiones, para producir y cambiar lo producido por todos y para todos. Las cooperativas, fundadas como ensayo de lo que habría de ser una sociedad comunista, servirán de base para la distribución de los productos necesarios a la vida.

La enseñanza racionalista puede producir los hombres morales que son necesarios para que transformen, en su día, esta sociedad inmoral por una de amor, libertad, altruismo y felicidad general.

Ésta será la moral científica.

Cárcel Modelo de Madrid.

28 de febrero de 1907.

Envidia
Cuento ateo

CARTA A D. RICARDO FAJARNÉS

QUERIDO AMIGO:

Siendo muy joven, ya comprendí que las farsas de la religión eran un perjuicio para la marcha del progreso y el bienestar de la humanidad, por lo cual en 1885 concebí la idea de poner en solfa todas esas cosas de los pecados, castigos eternos, mandamientos de la iglesia, artículos de fé, etc., y pensé escribir una obra titulada *Los pecados capitales*.

Como su epígrafe indica, la obra debía tener siete capítulos, uno para cada pecado; estos capítulos pensé que fueran en forma de cuento y escribí el correspondiente a la *Envidia*.

El tiempo que iba transcurriendo y otras ocupaciones me impidieron llevar a cabo mi proyecto, y el manuscrito quedó olvidado entre varios papeles, pero hoy que me ha venido a las manos, he pensado imprimirlo y regalarlo a los amigos, para que al menos quede algo de aquel pensamiento que tuve.

Podía haberlo enmendado, pero quiero imprimirlo tal cual lo escribí, porque tal vez sea éste mi primer trabajo, y sobre todo por el sabor de aquel entonces en que no poseía la ilustración que ahora tengo, aunque ésta no sea todo lo extensa y notable que yo quisiera tener.

Y explicado el motivo de la aparición de mi folleto, réstame sólo el manifestarle que a usted se lo dedico, en premio a los desvelos que ha pasado para publicar su obra *Filosofía popular* -la civilización, y el desagravio del desdén que a su obra han hecho los periódicos radicales, no ocupándose de ella, y los elementos avanzados, no propagándola como debían-.

Sabe le aprecia y le quiere su amigo,

Francisco Ferrer

Abril de 1900.

Envidia

Cuento ateo

NOS ENCONTRAMOS EN EL Paraíso terrenal; en esa mansión celeste.

Dios puso toda su habilidad –cuando hizo el mundo– en este privilegiado jardín, porque es lo único que se reservó para sí; lo demás lo abandonó por completo, tanto, que si no hubiera pasado lo que verán nuestros lectores, se habría desecho el mundo por el tiempo y no hubiera quedado de todo lo que hizo Dios, más que el Paraíso terrenal.

Destinó este ameno jardín para sus malos ratos –que los pasa muy a menudo– y, por lo tanto, todo su cuidado y toda su sabiduría la empleó en la formación de este oasis de la dicha.

¡Qué caprichosos grupos! ¡Qué soberbio colorido el de las flores!

Cómo se pavoneaba Dios, lleno de orgullo, al ver lo perfecto de su obra.

Qué ambiente tan perfumado se respira en ese sitio, que bien claro lo demuestra ya la palabra: Paraíso.

Efectivamente, Paraíso, como quien dice dicha, placer, armonía, todos los límites del goce y del deleite.

Dios era feliz rodeado de sus cortes de ángeles y arcángeles, mas cádate que en su pensamiento bullía continuamente la idea creadora, y no estaba aún satisfecho con haber hecho el sol y la luna, el cielo y la tierra, los montes y los mares, los ángeles y las fieras, y hé aquí que un día concibió la idea de hacer algo semejante a sí mismo, algo grandioso a su entender, pues quería él –sobre ser solo y no tener nadie que le hiciera competencia– saber hasta dónde llegaba su inmenso poder, y entonces formó al hombre.

Qué apuesto y arrogante se presentó ante su vista, qué figura tan varonil, qué donosura, qué belleza, qué contornos.

Dios se hinchó a más no poder al contemplar su obra y llegó a enamorarse del hombre.

-Tú serás el rey del mundo -le dijo en uno de esos momentos de pasión en que cuesta poco prometer-, tú dominarás hasta las fieras más feroces; tú eres mi imagen y semejanza y eres el único en la creación que se me aproxima y puede llegar a igualárseme. Tienes talento, pues para eso te doy imaginación; tienes aficciones, pues para eso te pongo un corazón, y te pongo también una conciencia, para que comprendas lo bueno y lo malo; lo malo es desobedecerme.

Y se sonreía lleno de satisfacción al ver pasearse al hombre por el Paraíso, formando la gigantesca sombra (cuando le daba el sol), y los mil dibujos de su contorno al coger alguna florecilla, al formar algún ramo, al tumbarse en la fresca yerba, porque aquel hombre no hacía más que pasear y dormir.

Y digo esto porque no creo que Dios fuera a convertirse en cocinera para servir al hombre, ni consentiría que sus legiones celestiales de ángeles andasen entre los pucheros y el carbón; de modo que, por su inmenso poder, en aquel entonces no se comería.

Mas cádate que no se conforma ya con el hombre solo.

Ya le cansa el verle por ahí, sin conversación, porque como no había política, no tenían de qué hablar. Sólo se miraban y se sonreían como dos enamorados.

Un día en que Dios tuvo una pesadilla, se levantó bastante malhumorado de tomar la siesta, y no sabiendo qué hacer, imaginó el distraerse formando algo nuevo.

Vió que el hombre dormía muy satisfecho -pues se habían acostado los dos juntos- y como él no había podido dormir, al contemplar aquella tranquilidad, le entró, o más bien dicho, se apoderó de él uno de los siete pecados mortales, como es el de la Envidia.

Envidioso de lo bien que dormía, trató de turbar su sueño para lo sucesivo, y le quitó una costilla (porque la envidia hace cometer muchas malas acciones, y mala acción fue el quitarle una costilla al hombre), que no sabiendo qué hacer de ella, formó a la mujer.

¡Qué hermosa y provocativa se presentó la señora ante su Creador! Sin habérselo enseñado nadie, ya se presentó con la incitante sonrisa y con los ojos devoradores de la pasión, con esos ojos hambrientos de placeres con los cuales nos enloquecen y nos cautivan.

Como Dios estaba envidioso del hombre, le presentó la mujer, creyendo que el hombre entonces le envidiaría a él por su habilidad en formar tan preciosa escultura, pero no sucedió así: porque el hombre al ver a la mujer, no pensó ya más que en ella. Se olvidó de Dios, se olvidó de todo, y en aquel Paraíso entrevió otro tipo de aventuras y placeres. ¡Y cómo no, si se había enamorado de ella! ¡Si la vió con su provocadora sonrisa y fue abrasado por el fuego de aquellos ojos negros! -Porque los ojos de la mujer deben ser todos negros, que es como le gustan al autor de este cuento-. ¡Sí, quedó prendado de tanta belleza!

¿Y cómo no se había de enamorar si Dios le había dado un corazón y le había hecho a su imagen y semejanza, y Dios amaba a la mujer como le amaba a él, por más que lo envidiase? Y he aquí como al ser su semejanza, en eso lo demostraba, amando lo que amaba su Dios.

Y crecía su pasión por la mujer y la mujer le amaba, porque como no tenía amadores de oficio, ni tontos de capirote que la persiguieran, se hubo de contentar con lo que había, aparte de que el hombre era hermoso también, no tanto como ella, pero hermoso.

Y cuenta una crónica de aquel tiempo, que desde el primer momento la mujer empezó a tener mil defectos y caprichos, se acostumbró a peinarse, haciéndose dos trenzas de su hermoso cabello, que el hombre se encargaba de deshacer cuando le venía a antojo.

También quiso la mujer empezar por dominar al hombre y ser la dueña, la reina absoluta; pero el hombre no cedía porque no se le olvidaba aquello de que él era el rey de la Tierra y que él lo dominaba todo, y el mandar es cosa que en todos los tiempos ha gustado mucho.

Por aquel entonces, los ángeles y toda la corte celestial, envidiosos del hombre y la mujer -se conoce que la envidia se arraiga muy pronto, porque los ángeles se hicieron envidiosos enseguida-, al ver que Dios traía huéspedes a su mansión ado-

rada, formaron un complot y se insurreccionaron a su jefe, que lo era Dios.

Éste tuvo que ocuparse unos días –según dicen– en arreglar aquello, por lo cual a Satanás, Lucifer y otros individuos alados que fueron los autores y cabezas del motín, los expulsó de la corte celestial, y su mente creadora le inició el Infierno, y al punto lo formó, metiéndoles allí en castigo de su rebeldía; éstos, que llegaron a creerse iguales a él, ya no le dejaban reposar y de vez en cuando se iban a la mujer –como más tonta– y le aconsejaban que dominase no sólo al hombre sino al mismo Dios si posible le era.

Ella, ante estos malos consejos, concluyó por ser tan mala como ellos, y ha venido siéndolo siempre.

Mientras Dios se ocupaba de la insurrección, dejó al hombre y la mujer en completa libertad.

Éstos, que se amaban a más no poder, porque no tenían tampoco otra cosa en que entretenerse, al verse libres por unos días, pero libres para toda acción, empezaron por perderse en los bosquecillos del Paraíso para estar más a sus anchas y contemplarse mejor –porque los verdaderos enamorados siempre gustan de la soledad– cuando el Sol, al observar esto, dió parte a Dios de lo que ocurría, para que estuviese alerta y no se le burlase aquella pareja.

Dios los llamó a su presencia y los reprendió porque no tenían necesidad de esconderse, cuando todo era suyo, y eso demostraba mala intención, y en castigo les prohibió el que se vieran durante algunos días, mas como los enamorados son tercos, y Dios estaba muy ocupado, no hicieron caso de la prohibición y siguieron viéndose y amándose.

La Luna –envidiosa del Sol, porque recibía la luz de éste y ella no podía dar por sí sola– se declaró la protectora de los enamorados, y les aconsejó que de día descansaran, y que de noche que Dios descansaba también, hicieran cuanto quisieran, pues ella no diría una palabra con tal de fastidiar al Sol.

Se conoce que allí la envidia es moneda corriente.

Los amantes siguieron al pie de la letra los consejos de la Luna, y el Sol ya no vió nunca nada digno de contar a Dios, pues como las entrevistas las tenían de noche, la Luna siempre ha sido muy callada y nunca descubre los secretos de otros.

Mas una noche que Dios iba buscando a un ángel rebelde de la insurrección, para encerrarlo en el infierno, oyó un ruidoso beso de entre un grupo de árboles, que le dejó atónito y suspenso, pues Él con ser Dios, jamás había oído aquel melodioso sonido; mas detrás de aquel beso oyó otro y otro, y no pudiendo contener su sorpresa; penetró a todo vapor y se encontró a la mujer en los brazos del hombre.

Entonces, Dios abrió todo el ojo cuanto pudo -por eso pintan un triángulo de luz y en medio un ojo muy abierto- y fué tal su indignación ante aquel cuadro, que estuvo tentado a deshacer el mundo y volver a esconderse en las tinieblas de donde había salido.

Pero podía en Él más el amor propio que la dignidad, y no se atrevió a deshacer una obra tan soberbia, por miedo a no hacerla después tan buena como entonces; pero soltó un resoplido colosal, que hizo temblar el mundo, hasta el extremo que el Sol que dormía a pierna suelta despertó sobresaltado y corriendo se fue a ver lo que pasaba, con lo cual alumbró la escena y tuvo lugar el primer eclipse, porque riñieron el Sol y la Luna, y no sé a dónde hubieran ido a parar si Dios no se interpone y manda al Sol a que siguiera durmiendo, que fue obedecido al punto.

Desde entonces el Sol y la Luna cuando se encuentran riñen.

Un león que pasaba por casualidad, pues no tenía sueño y paseaba por aquel sitio, le chocó tanto el resoplido de Dios, que procuró imitarlo, y le salió tan bien, que ha seguido haciéndolo toda la vida.

Dios, indignado con el hombre por ver que había inventado lo que jamás a él se le ocurrió, con ser Dios y todo, empezó por cubrirlo de pelo, para ver si la mujer al verlo más feo, lo despreciaba, pues todo su coraje era de envidia que tenía por ver que no se le había ocurrido besar y abrazar a la mujer, y el hombre había ideado tan deleitosa dicha.

Llamó aparte a la mujer -después de prohibirles que se vieran más en lo sucesivo hasta nueva orden- y le dijo que si le desobedecía, la cubriría de pelo como al hombre, y siguió ocupado con el asunto de la insurrección.

Ellos, que habían llegado a los sumos de su pasión, viéndose atareados y siendo protegidos por la Luna, siguieron viéndose y no ya sólo se abrazaban y besaban, sino que se entregaban a placeres sin fin, pues la mente del hombre -como semejanza a Dios-

cada día inventaba un nuevo placer, un nuevo deleite, y la dicha de los amantes no se concluía nunca; estando más engolfados en su amor, cuantos más días pasaban.

Pero como todo tiene su término, Dios se enteró de esas desobediencias, y como ya no podía idear otro infierno, acordó el arrojarlos del Paraíso, y quedarse Él solo en el sitio que había hecho para su recreo y distracción.

Empezó a cumplir a la mujer su promesa de cubrirla de pelo, pero calculando que estaría muy fea con patillas y bigote, le tuvo lástima y no pasó adelante, mas... lo hecho, quedó hecho.

Vamos a cuentas: ¿Sabéis por qué Dios se indignó tanto al verse desobedecido?

Pues fue por envidia.

Le tuvo envidia al hombre, porque, a semejanza suya, había inventado y había creado goces que a él no se le habían ocurrido con tanta virtud y tanta sabiduría; por eso trató de amargar esas dichas, y condenó a la mujer a tener hijos en pago del deleite del amor, y a la muerte y las enfermedades y todas cuantas calamidades tenemos, por no aplastarles de un soplo, porque al fin y al cabo eran obra suya.

Pero al arrojarles del Paraíso no tuvo valor para ir en persona, y les mandó un ángel; y su espíritu creador, para humillar al hombre y avergonzarle, hizo la túnica de escarlata y se la colocó al ángel, para que no vieran sus divinas carnes, y sí las desnudeces de su desobediencia.

Luego, al ver que el hombre a fuerza de trabajos consiguió vestirse también, envidioso Dios de su ingenio -y para humillarlo más- descompuso la atmósfera que era entonces un ambiente cálido y perfumado, y la trasformó, haciendo subir al Sol unas veces, para que el frío se sintiera bien y el hombre se helara, y otras, bajando el Sol demasiado para que nos achicharrara.

A la Luna, por encubridora, la condenó a alumbrar media temporada y la otra media a permanecer a oscuras.

Y todo esto ¿por qué? Por envidia.

Porque si Dios no hubiera sido envidioso y hubiera dejado al hombre en su camino de invención, muchas más dichas ahora tendría en aquella tan anhelada tierra de bendición, o sea en el Paraíso terrenal.

Si Dios tuvo envidia del hombre, ¿cómo el hombre no ha de tener envidia de sí mismo?

Yo no diré que la envidia sea una virtud, pero quiero demostrar que no es pecado.

Porque el hombre, a imagen y semejanza de Dios, tiene todo lo que tiene Aquél.

¿Dios fue creador? Sí.

El hombre también.

Dios tuvo envidia, por eso los hombres la tenemos unos de otros.

Es muy malo ser envidioso porque acarrea muchos perjuicios, pero no se puede evitar porque es cosa de Dios.

¿Quién fue el primer envidioso?

Dios.

Pues no es pecado la envidia, porque Dios no puede pecar.

Principios de moral científica y otros textos, de Francisco Ferrer Guardia, se terminó de imprimir en abril de 2016 en los talleres de Porrúa Print. La edición consta de 1000 ejemplares impresos sobre papel *cultural* de 90 gramos; en su composición se utilizaron tipos Berkeley Oldstyle de 10 y 14 puntos.



Francisco Ferrer Guardia

Los textos que reúne esta antología contienen un cuestionamiento del sistema de valores existente, cuestionamiento que, ejercido por Francisco Ferrer Guardia desde las diferentes trincheras desde las que intentó transformar el orden imperante, lo colocó inevitablemente en la mira de todos los poderes que se sintieron amenazados.

Principios de moral científica y otros textos muestra a un Ferrer comprometido con la educación de los niños y la organización de los trabajadores; y corrobora la carga política de la Escuela Moderna, la cual fundó en 1901 con el propósito de generar una formación integral, racional, mixta y libertaria.



Anna Ribera Carbó

Estudió Historia en la UNAM y trabaja como investigadora en la Dirección de Estudios Históricos del INAH. Es autora de los libros *La patria ha podido ser flor. Francisco J. Múgica, una biografía política* (INAH, 1999), y *La Casa del Obrero Mundial. Anarcosindicalismo y revolución en México* (INAH, 2010). Actualmente, desarrolla una investigación en torno a la presencia americana de Francisco Ferrer Guardia.



SECRETARÍA DE
COMUNICACIÓN
UNIVERSITARIA



Dirección de
Comunicación
Intercultural
UAEM

